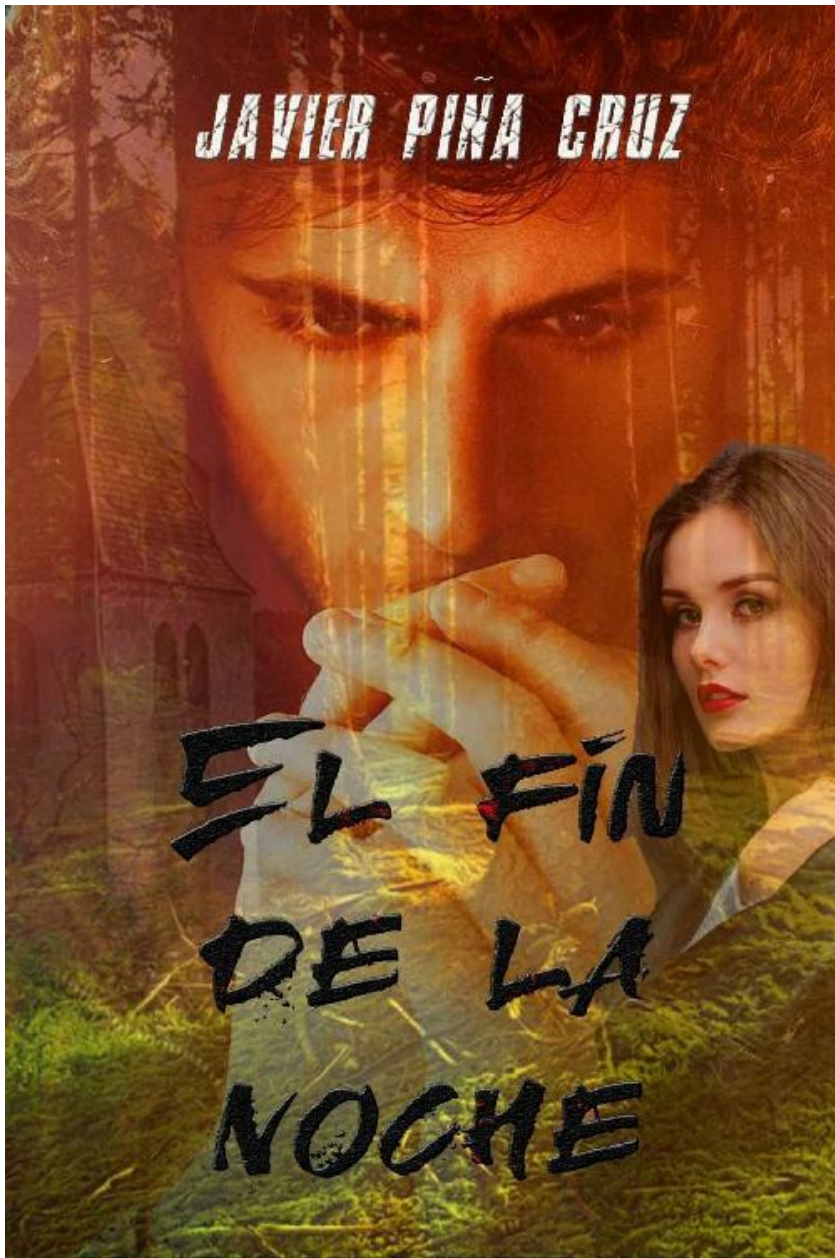


JAVIER PIÑA CRUZ

**EL FIN
DE LA
NOCHE**



El Fin de la Noche

Javier Piña Cruz

El fin de la noche

©Javier Piña Cruz

Diseño y Maquetación: Javier Piña Cruz

©Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier plataforma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

Copyright © 2018 Javier Piña Cruz

Todos los derechos reservados.

Contenido

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capitulo VII](#)

[Capitulo VIII](#)

[Capitulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el Autor](#)

[Otros libros del Autor](#)

[Colaboraciones](#)

Dedicatoria

*Quiero dedicar este libro a mis padres y hermanos.
A todo el círculo de fantasía
A los que siempre me han apoyado
Gracias a vosotros soy mejor persona.*

Mis Redes Sociales

<https://www.facebook.com/javierivanpinacruz/>

<https://twitter.com/Javierpinacruz>

<https://www.amazon.com/-/e/B077QGDXL8>

<https://circulodefantasia.wixsite.com/autores>

Capítulo I

Me siento cansada de esta lucha sin cuartel. ¿Por qué tengo que luchar contra los que nada me han hecho a mí?

Soy una vampira de ochocientos años de no vida. Condenada a repetir una y otra vez el mismo día: Salgo de la mansión, me dirijo al centro de la ciudad y acompaño a los míos en una lucha sin cuartel contra los Licántropos. He dejado de odiarles, al igual que, a los de mi raza.

No consigo recordar, cuándo fue la última vez que me sentí bien al quitar una vida. Lleva rondándome una idea en mi cabeza desde hace mucho tiempo. Pero solo de saberla mis líderes, acabaría convertida en polvo.

Quiero escapar de esta prisión, necesito encontrarle. Solo él podrá ser capaz de ayudarme a alcanzar esa meta que después de tantos siglos sigue en mi mente más presente que nunca.

Me llamo Rowan Shaenar y antes de ser una asesina de la noche, fui humana.

Tenía veinte años cuando Christopher se topó en mi camino. Me arrancó de los brazos de mi esposo y me arrebató los pocos sueños, que la vida me dejaba tener por aquel entonces. Llevábamos dos años casados, habíamos decidido tener un hijo.

Me moría de ganas por ser madre. Necesitaba conocer en mis propias carnes esa felicidad que tantas veces me había relatado mi madre. Quería sentirme completa, pero ese ser me condenó. No solo me castigó, me obligó a ver cómo se saciaba de mi amado esposo. «¿Por qué?». Él se había enamorado de mí. Cruel sentimiento, por ser mujer, cualquier hombre en esa época se creía con derecho a decidir por mí.

Y lo peor de todo esto, es que lo siguen haciendo. Hace mucho tiempo que dejé de llevar la cuenta de los licántropos que he ido matando. Ya no veo enemigos en ellos, veo bestias que luchan por sobrevivir. «¿A caso yo no soy también una bestia?».

Quiero acabar con esto. Deseo que la guerra termine y ante todo, pretendo cumplir el sueño que me arrebató aquel hombre oscuro hace tantísimo tiempo.

Hace dos años, encontré en uno de nuestros libros una fábula. Hablaba de un Santuario donde todo puede cambiar. Donde los de mi especie vuelven a ser humanos de nuevo. No sé si se tratará de una fábula o será real. Pero, puede que, una vez sepan que he desertado, sea la última oportunidad que

tenga para ser libre.

Por desgracia, le necesito, necesito a mi enemigo más feroz. Sin embargo, hay algo en él que me inspira ternura. La lucha contra sí mismo, contra la bestia que lleva en su interior. La defensa que hace de sus iguales. Sería buena pareja si ambos no estuviéramos predestinados a matarnos el uno al otro.

Por fin me he decidido, será esta noche.

Me monto en mi coche, y conduzco, no voy a la ciudad, como imagino que esperarán los de mi especie. Ya no puedo llamarlos hermanos, porque acabo de abandonarlos. «¿Qué derecho tengo?». Conduzco hacia las montañas, con la pequeña esperanza de que la fábula sea cierta. De no serlo, nunca podré volver, me convertiré en una prófuga, carne de cañón para los licántropos y para los vampiros.

Me desvío por la salida del Oeste y entro en una carretera antigua, casi sin luz. Agradezco llevar las luces de los faros encendidas, pues, aunque mi visión en la noche es fenomenal, gracias al poder de la sangre, me evita tener que estar concentrada en usarla. Hace mucho tiempo aprendí, que los dones de la sangre son magníficos, pero me cuesta estar concentrada para usarlos continuamente, no soy capaz, eso solo lo pueden hacer los antiguos, los que han vivido desde los albores del tiempo.

Con suerte, ganaré distancia hasta que se den cuenta de mi traición.

De repente, el sonido del móvil, me saca de mis pensamientos, mantengo una mano al volante, echo un vistazo a la carretera, grabando en mi mente cada imagen de ella. Sería capaz de conducir sin mirar, aunque no quiero correr riesgos innecesarios. Miro la pantalla del móvil, la música de *heavy metal* no acaba nunca. Es Josue.

Mi corazón muerto hace muchos siglos hubiera sentido un pinchazo de agonía al ver su nombre. Un regalo de la eternidad, pues solo siento remordimientos hacia el que ha sido durante cuatrocientos años mi hermano de armas. Se preguntará dónde estoy, por qué no he vuelto. No he podido contarle mis planes, él es fiel a las normas, ni siquiera nuestra amistad hubiera servido de nada. Le tengo que olvidar, así como, a los demás.

Le doy a colgar y apago el móvil. Lo guardo en la guantera y miro hacia delante.

Tengo que encontrar el Santuario, pero lo peor será hablar con él. «¿Cómo decir a tu enemigo más mortal, aparte del sol y del fuego, que le necesitas para procrear?». Lo más normal es que me decapite, o me arranque la yugular de un mordisco. Así son ellos, pero no los culpo. Quizá nos lo

hayamos ganado a conciencia.

Decido parar, el amanecer se acerca. Desvío el coche hacia un lado de la carretera, por suerte para mí, todo es un vasto desierto, donde no suele transitar nadie ni de día, ni de noche.

Cerca de la carretera hay un depósito de agua. Uso mis manos como palas. Me pongo a excavar un agujero dónde poder pasar oculta las horas diurnas. No es lo ideal, pero al menos, me podré alimentar de los insectos que yacen entre ella. Cierro los ojos, mi mente evoca el lugar más arriba, toda está tranquilo, si algo se acerca, la tierra se encargará de avisarme por su vibración.

Por fin el sol se acuesta, mis ojos se abren como un reloj suizo. Comienzo a remover la tierra que me cubre para lograr salir a la luz de mi amada e impuesta noche.

Estoy sucia y me siento incómoda, agradezco al que hubiera colocado ahí el pozo. Con un pequeño salto consigo llegar a lo más alto.

Comienzo a quitarme la ropa, la sacudo, no me preocupa que huelga a humedad. Siempre fui previsora y en el maletero, llevo ropa limpia. Me meto en el agua, poco me importa, si está fría o no. No siento nada, solo el placer de quitarme la arena, sobre todo del pelo. Salgo del agua.

Por mi mente pasa la imagen. Aunque siempre he sido delgada, la sangre realzó mi figura regalándome un buen cuerpo. Me siento bien con él.

Cojo la ropa y de un salto, aterrizo al lado del coche. Abro el maletero y saco un conjunto vaquero de color negro y unas botas militares.

Entro en el coche, arranco el motor y me siento tentada por encender el móvil, me entra la curiosidad por saber si he recibido más llamadas. Me digo idiota a mí misma y termino por desechar esa opción.

Sigo conduciendo, aún me quedan dos noches para llegar. Estoy nerviosa. Al mirar por el retrovisor, compruebo que alguien me sigue, el reflejo de unas luces en el espejo me alertan. Percibo cómo mi cuerpo se tensa.

Abro la guantera, pretendo coger la pistola y el cuchillo que guardé antes de iniciar mi viaje por si lo tuviera que necesitar.

Cuando las luces me rebasan y compruebo que continua con su camino, me relajo y suspiro.

Paro en un bar de carretera, necesito alimentarme. Odio quitar la vida a los humanos. «¿Pero que opción tengo?». De nuevo, acudo al maletero, doy gracias a que no hay nadie fuera y saco de la bolsa de deportes una camiseta con escote, sonrío al pensar que a eso se le puede llamar escote. Me quito los

pantalones vaqueros para cambiármelos por una minifalda; pretendo llamar suficientemente la atención, me da igual si me tildan de puta. Necesito sangre y es lo que voy a conseguir.

Al entrar en el bar, compruebo cómo la mayoría de gente se fija en mí. No puedo evitar sentirme observada, devorada por miradas lascivas, tanto de ellos como de ellas. La perversión siempre ha sido una de mis grandes aliadas.

Me contoneo mientras camino hacia la barra. El aire se cuele por el interior de mi camiseta rozando mis pechos, la espalda. Puedo sentirlo por toda mi piel.

Una vez en la barra, pido una copa de vino, espero a que me la sirvan. Me doy media vuelta, apoyando la espalda en la madera con la que está fabricada, quiero sentir el contraste de temperaturas en mi piel.

Analizo al personal buscando posibles candidatos, necesito dar con una víctima para esta noche. Compruebo que solo una persona no me está mirando. Me esfuerzo por descifrar el porqué. Veo que está tomando una cerveza, así que, pido que pongan otra y me acerco a la mesa. Vuelvo a resultar provocativa, me siento en una de las sillas de la mesa y ella alza la vista.

Nuestras miradas se cruzan, a continuación, desvía la vista hacia el libro que estaba leyendo antes de que me sentara a su lado. Dejo la cerveza donde tiene la otra, y simulo dar un trago de mi copa. Ella vuelve a levantar la vista al oír el golpecito que doy con la botella.

—No me apetece, gracias —dice con una voz delicada, dulce y glamurosa.

Me enjuago los labios solo con escucharla. Su voz hace que todos mis sentidos afloren. Será ella o ninguna de esas personas. En otra época, habría sido una candidata perfecta a ser parte de mis hijos de la noche, pero no quiero eso para ella. Solo necesito saciarme un poco, no pretendo matarla, no podría... Tiene algo... algo... que me recuerda a mí cuando era humana.

Me esfuerzo por llamar su atención. Me está costando, pero gracias a que soy capaz de meterme en sus pensamientos, de este modo, consigo saber qué tema de conversación debo sacar para cautivarla.

No he tardado ni diez minutos en lograrlo. Ahora mismo, nos encontramos besándonos en el coche como unas posesas.

Había olvidado qué se siente al ser una cazadora, una depredadora.

Hago que cierre los ojos. Le prometo llegar al orgasmo solo con uno de mis besos y así es. Ella grita de placer, siento cómo me agarra del pelo, cómo empuja mi cabeza contra su cuello. Mientras ella goza, yo me alimento de su

sangre, de su vida.

Dejo que se vaya, con la promesa de una llamada que nunca haré. Me paso la lengua por los labios, queriendo notar de nuevo su sangre en ellos.

Sigo conduciendo. Enciendo la radio y busco la emisora de los vampiros, quiero saber si ya han puesto precio a mi cabeza. La emisora, no es que hablen de vampiros, pero unas palabras bien escondidas junto con publicidad subliminal, nos avisan de posibles objetivos, de órdenes para los que no viven en la mansión. Efectivamente, para desgracia mía, todos los vampiros del país empezarán en breve a buscarme. He de darme prisa.

Piso más el acelerador, siento que la velocidad aumenta. La sangre corre por mis venas al igual que la noche va pasando minuto a minuto.

Una parada más. «La última», me digo a mí misma. Esta vez, cambio el frío y húmedo suelo por una casa en ruinas. Tapo las ventanas con las mantas polvorientas de la habitación y me tumbo sobre el colchón. Con mi última víctima, casi se vuelve a activar en mí el instinto de todo vampiro, pero para desgracia de los míos, he decidido abandonar ese camino. He dejado de matar por matar.

Una nueva noche cae sobre mí, pero esta es especial. Cumplo ochocientos un años como Señora de la Noche, título que ya no usaré jamás. Estoy a las faldas de mi objetivo. Tan solo me falta encontrar el Santuario entre las ruinas de una vieja civilización, que perdió su nombre en el tiempo.

Dejó la casa como está, monto de nuevo en el coche y realizo los últimos cinco kilómetros que me separan de mi destino. Lo demás lo haré a pie.

Me bajo del coche, cojo la mochila del maletero donde llevo la ropa y alguna que otra arma, e inicio el camino hacia el Santuario.

Mi subconsciente me pregunta cómo haré para lograr mi objetivo, pues aun encontrando el Santuario, sin que él esté ahí, no me valdrá para nada. «Ya buscaré la respuesta más tarde».

Sigo caminando y al llegar a un pequeño claro en las puertas del Santuario, lo veo. «¿Cómo es posible que esté ahí?». Noto cómo se me tensa el cuerpo. «¿Miedo? ¿Atracción? O ¿es la Luna y la Gran Madre de una religión perdida en el tiempo la que le concede una oportunidad a su hija?». Sea lo que sea, sé que nada es seguro. Que esté él ahí, no quiere decir nada.

Continúo hacia delante mi camino controlando cada paso que da. Si lo he sentido y lo he visto, él lo habrá hecho también. Me retiro unos mechones de pelo rebeldes en mi cara y sigo andando. Mi respiración se ve agitada por la inesperada aparición. Llego al Santuario.

Todo es polvo, todo es tierra. Me encuentro delante de lo que una vez debió de ser un sitio majestuoso. «¿Cuánto tiempo hará que nadie visita este lugar?». Si yo, uno de los seres más viejos en la faz de la Tierra, jamás había creído que este sitio pudiera ser real. ¿Cómo puede estar él aquí? ¿Qué está haciendo? ¿Viene a matarme?

Desecho esa idea de mi mente esforzándome en buscar algún signo que me diga que mi anhelo es posible. De repente, caigo en la cuenta de que no sé qué buscar. «¿Qué tengo que hacer?». Le siento más cerca de lo que desearía en un primer momento. «¿Qué decir a tu rival más feroz? ¿Cómo plantearle ni siquiera la posibilidad de que deje atrás tantos años de odio?».

Capítulo II

Anabelle me despierta al alba. Apenas he dormido esta noche. Me levanto y voy a asearme. Me miro al espejo preguntándome por qué sigo aquí. Estoy harto de esta guerra sin cuartel, de este genocidio vampírico y licántropo. «¿A cuántos hermanos y hermanas tendré que mandar a la muerte, solo porque una plaga de vampiros desean la nuestra?».

Soy el trigésimo Alfa de los licántropos, mis antecesores murieron en el campo de batalla en el que se ha convertido esta apestosa ciudad.

Estoy cansado, llevo veinte años luchando día y noche, llueva o haga frío. Deseo terminar con todo esto.

Me escabullo cómo puedo de la mansión, donde tenemos nuestro cuartel general, con la excusa de estirar las piedras. Pronto, dos cachorros me piden acompañarme, pero les ordeno quedarse donde están.

No quiero compañeros, no quiero testigos de mi asquerosa traición.

Mis ancestros, dejaron escrito en nuestros libros más antiguos, que al norte, entre las montañas, hay oculto un Monasterio.

Según he podido descifrar en los libros que se salvaron en el último incendio perpetrado por esas ratas de alcantarilla, en él se esconde la cura para la licantropía.

Muchas veces me he preguntado que si la conocieron, ¿por qué no la usaron? ¿Por qué prefirieron castigar a su descendencia a una guerra milenaria?

Llevo un mes torturándome. Un mes que empecé a contemplar la idea de acabar con esta vida.

Por eso dejé en la linde del bosque un 4x4 oculto entre unos matorrales. Día a día, fui llevando a escondidas víveres y artículos de primera necesidad. Tiene guasa que siendo el Alfa, me tenga que escabullir para hacer mis cosas.

He tomado la decisión, es ahora o nunca.

Me convierto en lobo, pese a que desde hace un tiempo odio hacerlo. Odio sentir cómo todos mis huesos cambian de lugar, cómo se contraen, cómo se alargan. Es un proceso doloroso, que hasta hace un tiempo, sufría dignamente, orgulloso de poder hacerlo. Pero tras la muerte de mi amada, a manos de esa cruel vampira, he dejado de sentir la llamada.

Quiero vivir una vida en paz, alejarme de toda esta ola de violencia, sufrimiento y sí, odio.

Llego a mi destino. Por suerte, llevo ropa para unos cuantos cambios. Me convierto de nuevo en humano, siento cómo la brisa del aire lame toda mi piel. Estoy completamente desnudo, y unas ramas de un matorral, chocan contra mi cuerpo, dejando un par de rasguños y un hilillo de sangre.

Con el coche al descubierto, paso a vestirme. Me pongo unos *jeans* y una camiseta ajustada. No soy de los que les gusta marcar pectoral, pero reconozco que, estoy en buena forma.

Pongo el coche en marcha, me enciendo un cigarro, que saco de la guantera. Enciendo el *cassette*, y meto un cd de los ochenta, enseguida, siento cómo los bafles del coche retumban con los acordes de la canción de Iron Maiden *Halloweb by thy name*. Mientras conduzco, sigo con toquecitos en el volante, el compás de la canción.

A esta hora, muchos de mis guerreros y mi futura *Beta* se preguntarán dónde estoy.

Antes de tener que dar respuestas a nadie, cojo el móvil, y lo tiro por la ventanilla. Segundo, paso de mi traición.

Se hace de noche, y pese a no tener sueño y tener la posibilidad de seguir conduciendo durante varios días sin descanso, prefiero recrearme en mi primera noche de libertad.

Sueño con mi mortal enemigo. Ellos pese a ser más débiles que nosotros, nos superan en número.

Cada pobre alma que convierten, es otro guerrero que tienen. Ahora, comprendo la ley impuesta por mis bisabuelos, donde obligaban a todas las hembras a engendrar cachorros, pero no solo a las humanas, incluso con las lobas del bosque. Ellos sabían que sería imposible igualar el ejército de los vampiros, por ende, tenían que poner resistencia de algún modo.

Me despierto alarmado con los primeros rayos de sol y por el ruido de un camión que transporta coches nuevos.

Son las nueve de la mañana, mi estómago reclama algo de comida. Arranco el coche y sigo mi camino, sé que más adelante, hay algunos bares donde poder comer algo.

Mientras conduzco, rememoro las batallas en las que he perdido a gente importante. Mis abuelos, mis padres, mi hermana, mí prometida... Siento cómo algo dentro de mí intenta escapar en forma de un berrido, doy rienda suelta y comienzo a gritar de impotencia.

Una vez calmado, me seco algunas lágrimas que se me han escapado, me concentro para intentar que el dolor vuelva a su sitio, de donde no debió salir.

«¿Qué pensaría la manada, si su alfa se mostrase débil?». Desecho la pregunta. Ya no soy el Alfa. Soy un renegado. Estoy seguro de que ya están organizando batidas de búsqueda para juzgarme por deserción.

Después de parar una hora en un cutre bar de carretera, sigo mi camino. Llevo dos días conduciendo, según los mapas, el Monasterio, o lo que debería quedar de él, está a menos de cincuenta kilómetros. Aprieto el acelerador, tengo ganas de llegar.

Al cabo de una hora, paro el motor. He llegado.

Bajo del coche, y abro el maletero, para coger mi mochila, con mis pocas pertenencias, una nueve milímetros, y un machete, que me lo pongo en el cinturón.

Comienzo a andar colina arriba, pero me paro de repente. Mi olfato detecta algo, me pongo en guardia. Está a una distancia prudencial de mí. «¿Qué hace aquí? ¿Cómo es posible que esté esa asesina en el mismo sitio?».

Mi instinto me pide matarla, así, sin más. Sin testigos. Derramar su sangre por toda la ladera y clavar en una pica su cabeza para que los primeros rayos de sol la conviertan en polvo, que se lleve la brisa del rocío sus restos.

Mi corazón reclama la venganza, por tantas pérdidas de los míos a sus manos. Pero mi mente me pide precaución, no sé cuántos vampiros pueden haber, pese a que solo la veo a ella. Sigo mi camino sin quitarle el ojo de encima, mi mano lleva un rato sobre la empuñadura del machete.

Capítulo III

Otra vez me he enterrado en la tierra. Hacía mucho tiempo que no tenía que hacerlo, y mucho menos, dos veces.

Pero esta vez ha sido distinto. He pasado miedo.

Supongo que Matt me ha buscado, por suerte, al estar bajo tierra, mi aroma se junta con la humedad del suelo, haciendo difícil mi detección. Pese a que él ha tenido mucho cuidado al andar, procurando que sus pisadas no retumbasen, pero sí lo han hecho, al menos, parte de ellas. Ha estado muy cerca. Por un momento pensé que mi camino acabaría en este lugar.

Ahora se ha alejado, no sé si ha desistido o por el contrario, prefiere cazarme a la luz de la noche, lo que me parece incorrecto, pues sabe de sobra que es cuando mejor nos movemos.

Y digo eso, porque a pesar de todo lo que se ha dicho de los vampiros, mientras los rayos del sol no nos toquen, podemos estar despiertos y andar. Eso sí, parecemos *zombies*.

He sentido el odio que siente hacia mí. Sí, puedo darme cuenta de eso y de mucho más, gracias a la sangre.

Sé de sobra que le he arrebatado a su familia, tristemente, siempre era yo la encargada de dar el golpe final. Más me valía si no quería acabar al sol por decreto de mis líderes.

Por desgracia para mí, en mis primeros siglos de no vida, desarrollé una maravillosa cualidad para destripar y desangrar a mis oponentes, eso claro está... a ojos de mi maestro. Yo solo me limitaba hacer lo que me ordenaban.

Comienza a caer la noche. Mi cuerpo, pese a que no hace mucho que me he alimentado, empieza a darme claros avisos de que quiere más sangre.

Empiezo a escarbar con cuidado, abriéndome paso hacia la superficie.

Me asqueo al pensar que no dispongo de agua para asearme. Era eso o acabar despedazada.

Debería buscar alguna forma para acercarme a él para poder hablar, fijar un territorio neutral, para que ni él ni yo nos hagamos daño. Pero cómo decir a un hombre lobo: «Oye, quiero hablar contigo. ¿Hacemos la paces?». Sin duda, me

arrancaría la cabeza de un mordisco.

Me quito el polvo de la ropa, y del pelo. O al menos, todo lo que puedo sacudir. Camino colina arriba, ahora lo veo. Me quedo quieta, más tensa que antes. Sé que si no consigo hablar, va a ser muy difícil que salga con vida. Lo pruebo.

—Matt, antes de que trates de matarme, necesito que sepas una cosa.

Veó cómo tuerce la cabeza, está en pose de guerra. Siempre he admirado esa transformación que los hace un poco más lentos, pero mortales. Mide cerca de dos metros, su dentadura es afilada y grande, capaz de arrancarme la garganta de un mordisco. El torso parece un armario lleno de pelos, sus garras brillan a la luz de la luna. «¿A cuántos de mis ex hermanos habrá matado así?».

Veó que se acerca, de su boca cae una líbera baba, la recoge con la lengua y yo hago un gesto de asco.

—No quiero luchar, Matt. Estoy cansada, quiero volver a ser como era antes. Quiero volver a ser humana. ¡Deseo ser madre!

Ya lo he dicho. Siento una liberación en mi marchito corazón. Él se para. ¿Se para? ¿Por qué se detiene? Un gemido de dolor atraviesa su garganta, sé de sobra que ese es el instante previo al paso de humano. Nunca he comprendido cómo pueden soportar el dolor que deben de sentir cuando su cuerpo cambia de forma.

Ahí está, el Matt humano, jadea de cansancio y de dolor. Me mira y alza las cejas.

—Una cruel asesina, dice que quiere parar y crees que me lo voy a tragar? ¿Y además, quiere ser madre? Eso es imposible.

—No pretendo que me creas de la noche a la mañana, pero estoy harta. No hago caso del comentario sobre la maternidad.

—No se te ocurra dar un paso en falso. ¿Quieres hablar? Hablemos. Aunque después, prepárate a morir.

Mal vamos. Quiere hablar, pero después matarme. Tengo que encontrar la forma, las palabras adecuadas para hacerle comprender que lo necesito.

—He descubierto un libro, en la biblioteca de la mansión. En él hay una leyenda que relata como antiguamente, había una forma de volver a ser humana. ¡¡Humana!!, Matt. ¿No has querido nunca huir de esta guerra? No quiero seguir matando.

Veó cómo alza de nuevo las cejas. Ahí está, desnudo. No sé por qué, me atrae, mi mente parece estar jugándome una mala pasada.

—En mi mansión encontré lo mismo —dice casi con voz apagada.

Casi se me salen los ojos de las órbitas. No solo era una fábula vampírica, si no que también, lo hace con los licántropos. Esto es nuevo.

—¿Por eso estás aquí? ¿Tú también quieres ser humano?

Nada más preguntar, me doy la vuelta. Mis sentidos me indican que tenemos compañía.

—¿Has venido solo?

—¿Tú que crees?

Cierro los ojos y me concentro. Uno de los muchos dones que nos otorga la sangre, es visualizar el entorno. En mi mente se proyectan varias imágenes. Un grupo de vampiros por la izquierda y otro de licántropos por la derecha.

—¿Los hueles, Matt?

—Sí. Deben de haber advertido que he desertado y vienen a matarme.

—Pues tenemos un problema más grande. A mí también me buscan los míos.

No me lo puedo creer. Esto colma el vaso de las irresponsabilidades. Una vampira y un licántropo, perseguidos por sus respectivos clanes para matarlos.

—¿Tenemos? Yo he venido buscando mi liberación, no la tuya.

—Yo esperaba ir a buscarte una vez diera con este sitio.

—¿Ir a buscarte? ¿Para qué? Si puede saberse.

Entramos en una dinámica de preguntas y respuestas, mientras nuestros ex hermanos se acercan cada vez más.

—Prométeme que no intentarás matarte. Tenemos que alejarnos de aquí lo más rápido posible.

—Antes, dime por qué querías ir a buscarte.

—¿Ahora? Creo que eso puede esperar. ¿No crees?

Da la impresión de que se lo esté pensando, ahí desnudo. Qué pinta más ridícula tiene. Pero por otro lado...

—Dos días. Te doy dos días, si al tercero no hemos muerto y no me has convencido, yo mismo te mataré.

—Me parece bien. En marcha.

Veo cómo arruga la nariz y vuelve a prepararse para un nuevo cambio. En menos de diez minutos, le he visto transformarse dos veces. Creo que soy el primer vampiro que lo hace. Le compadezco.

Corremos por el terreno, él convertido en lobo y yo en mi única forma. Me siento cansada. Por suerte, soy previsor y en la mochila llevo unas cuantas bolsas de sangre, de la despensa de la mansión.

Sin duda, los otros saben que estamos aquí, o han trabajado juntos, cosa que dudo mucho, o se han liado a hostias.

Vemos a lo lejos unas ruinas de un antiguo monasterio. ¿Será ese? Y si es... ¿Quedará alguien? Estoy abierta a toda la esperanza que pueda recibir.

Se acerca el amanecer. Cada vez me siento más pesada. Tengo que descansar, dormir.

—Matt, necesito parar.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Pues que o me esperas a la noche, o sigues tú solo. —Me sorprendo a mí misma hablando con el lobo, no sabía que pudieran enviar sus pensamientos hacia otra persona, como hacemos nosotros por medio del poder de la sangre.

Mis hermanos no le seguirán, al igual que yo, deben descansar. No es como las películas, que te pones un anillo, protección solar o te brilla la piel. En la realidad, un rayo de sol, solo uno, me mataría.

Más adelante, vemos una cabaña abandonada. Entramos en ella. Quedan menos de dos minutos para que los rayos de sol bañen las paredes de la casa.

Con la poca fuerza que me queda, y con la ayuda de mi inesperado compañero de traiciones, que ha hecho un nuevo cambio y ya van tres, levantamos las tablas del suelo. Doy gracias a los dueños por haber hecho parte de la fachada de cemento y piedras. Si fuera de madera, moriría sin remedio.

Va a ser un día muy largo.

Capítulo IV

Jamás imaginé que fuera hacer de vigilante para un vampiro. Y mucho menos, para esta en particular. ¿Cuántas veces me prometí a mí mismo matarla si la tuviera delante?

Mi vida ha dado un vuelco sorprendente. De ser el Alfa de una manada de lobos, a huir y encontrarme trabajando con mi peor enemigo. Con esa criatura que tanto me ha quitado desde que tengo uso de razón. Mi estómago ruge, abro la mochila y me preparo un tentempié. Es medio día y no hay rastro de nada ni de nadie, los vampiros se habrán escondido, bien como Rowan o en alguna cueva. Mis hermanos se estarán acercando, supongo que, en cualquier momento captaré su olor.

La casa está en ruinas, pero al menos, el tejado y el suelo aguantan. Cerca de ella, hay un pequeño granero con suficiente amplitud para guardar un automóvil. Me quedo quieto. Afino mis sentidos, busco cualquier sonido no habitual, algún rastro del ataque que está por caer. No escucho ni siento nada.

Me acerco al granero, entre las baldas de madera me parece ver algo. Quito el tablón que hace de cerradura y me encuentro con una lona que cubre algo grande. Comienzo a destapar lo que quiera que haya debajo de ella. Una nube de polvo me ataca dejándome casi sin respiración. En ese momento, envidio a la vampira. Según voy destapando, mis ojos se van abriendo más y más. No puede ser. «¿Cómo puede haber algo tan bonito, abandonado en esta tierra sin nombre?». Termino de descubrir el automóvil. Me encuentro con un Impala del sesenta y siete, prácticamente sin usar.

He de suponer que no va a arrancar, pero aun así, me siento tentado a probar.

Debe de tener la batería gastada. Necesito recargarla de alguna manera, ya que ir a por mi propio coche, sería una empresa complicada, ya lo habrán localizado y habrán dejado a un par de guardias vigilando.

Comienzo a mirar a un lado y a otro, por las estanterías, por los muebles. Cuando ya voy a desistir, encuentro un pequeño grupo electrógeno. Siento un gran alivio dentro de mí. Poco sé de mecánica, pero pruebo a ponerlo directo

a la batería y lo enciendo, con la esperanza, que su batería siga llena. Cuando veo el piloto verde encendido, casi doy un salto hasta el techo. Una cosa hecha.

Me pongo tenso al oír un ruido fuera. Me acerco lentamente a la puerta, y pego mi espalda a esta. Observo con cuidado de no ser visto, y dejo escapar un respiro de alivio al ver que es una simple mofeta.

Cierro las puertas y dejo el coche cargando, me acerco a la casa y husmeo a ver si hay algo fuera de lo normal. Todo bien. Entro y camino hacia el salón. Han pasado un par de horas, por suerte en esta época del año, oscurece rápido, así que, nos podremos mover dentro de poco.

Capto el olor de mi manada. Sin duda son Sonia y Mónica, dos de las mejores rastreadoras. Me extraña que no hayan mandado a más. Va a ser inevitable el contacto con ellas. Por suerte, me une una buena relación con ambas. «¿Pero seguirá siendo tan buena?».

Y ¿cómo explicar lo que me propongo hacer? A Rowan no la puedo nombrar, o será el final. Me doy cuenta de que parezco un loco. ¿El antiguo Alfa de una manada de lobos protegiendo a una vampira?

—Matt, sabemos que estás ahí, no hemos dado la señal porque te respetamos ¿Pero se puede saber qué estás haciendo?

Sonrío, continúo oculto en el interior, su lealtad, hacia mí, es más de lo que podía esperar. Salgo de la casa y me paro delante de la puerta.

—Sonia, Mónica, no es que me alegre de veros en esta situación, la verdad.

—Ya, y nosotras tampoco. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué has huido?

A lo largo de todos los años en los que hemos vivido juntos, siempre pensé que la voz de So era especial, hoy vuelvo a sentirlo.

—No puedo explicaros el porqué. Solo necesito alejarme.

—Vamos, jefe, somos So y yo, si en alguien puedes confiar es en nosotras.

Siento cómo se me desgarran el corazón. Es cierto, de toda la manada, siempre he tenido complicidad con ellas dos, incluso, antes de ser Alfa nos tapábamos las cosas entre los tres. ¿Pero cómo decirles que desprecio lo que soy? ¿Qué quiero volver a ser humano?

El sol empieza a descender, pronto Rowan despertará y tengo que alejar de aquí a mis mejores amigas.

—Escuchad, sabéis que os respeto y que os aprecio, pero esta vez, tendréis que confiar en mí. Por favor, volved con la manada, decidle a John

que no me habéis encontrado.

—No te entiendo, Matt, juramos protegernos los unos a los otros, prometimos luchar hasta el último día de nuestra vida, tú como Alfa, también —remarca So.

—Si para vosotras aún soy Alfa, por favor, acatad mis órdenes.

Noto que las dos dudan, pero al final se dan la vuelta y comienzan a alejarse. Respiro.

—Te damos un día y por ser quien eres. Después, te cazaremos. —La voz de Mónica fue tajante.

Asiento agradeciéndole el gesto, entro en la casa y encuentro a Rowan mirándome.

—¿Por qué no les has dicho con quién estás?

—No creo que lo hubieran entendido, pues ni siquiera yo entiendo por qué te estoy ayudando.

Esperamos a que mis amigas estén a una distancia prudencial para salir de la casa; con suerte, la batería habrá cargado lo suficiente.

Montamos en el coche y ponemos rumbo al monasterio, mientras mi compañera asesina conduce, yo cierro los ojos intentando descansar.

Me siento algo relajado, pero en mi mente las preguntas no cesan. «¿Por qué me necesita? ¿Por qué he accedido a ayudarla? ¿Será verdad la leyenda? ¿Y después?».

Siento cómo el coche se detiene, abro los ojos, y veo las ruinas frente al coche. Bajamos acercándonos lentamente. Rowan parece estar decidida, pero yo cada vez tengo más preguntas y menos respuestas.

Pasamos debajo de un arco, por su estructura, podría decirse que es muy antiguo. Parece un pueblo desierto, derrumbado, en el que en otra época pudo ser majestuoso. Solo el monasterio parece haber sobrevivido al tiempo.

Algo llama nuestra atención, una luz brillante en la torre del campanario. Rowan no se lo piensa y da un salto, después otro. La veo encaramarse a la pared, como si la quisiera escalar. Si pretendo seguirle el ritmo no me quedará más remedio que transformarme. Odio hacerlo, detesto el dolor que siento al cambiar.

Me desnudo, para no desperdiciar más ropa de la debida. Gracias a mis zarpas, la sigo por la pared. La luz es tenue, pero se apaga y se enciende, como si fuera un indicador de altura, como los que tienen los rascacielos para los aviones, pero esta es blanca como la nieve, y dura bastante más encendida.

Nuestra escalada dura menos de diez minutos, ambos somos muy ágiles,

para esta empresa. Llegamos a lo alto de la torre, y nos miramos a la vez. Frente a nosotros hay un portal que se cierra y se abre.

—¿Qué hacemos? En mi mansión no ponía nada de un portal. —Rowan parece sorprendida.

—Imagino que no pondrán todos los pasos.

—Bienvenidos a la Tierra del Olvido, Señora de la Guerra, Alfa.

Ambos nos giramos, la voz viene de detrás nuestra. Oigo como un silbido o algo parecido, sale de la boca de mi compañera asesina, yo por el contrario, separo las garras tensándome.

—Llevo mucho tiempo esperando vuestra visita. Me preguntaba cuándo vendrías.

Capítulo V

La sangre, que corre por mi cuerpo, se siente amenazada por esa voz. Ambos nos giramos y veo cómo Matt se pone en guardia. Dejo ver mis colmillos amenazantes, dejando escapar un ligero siseo.

Frente a nosotros aparece una anciana. Por su aspecto, debe tener más de un siglo de vida, pero no llego a detectar nada en ella, que me haga pensar que es un vampiro. Tampoco huele como los lobos.

—Os sentís amenazados por mí, pero sin embargo, sois vosotros quienes me habéis buscado.

—Perdona, ¿quién eres? —Me atrevo a preguntar, mientras que Matt sigue en forma de combate, vigilante.

—Me llaman la Dama de la Noche, o al menos, así era hace mucho tiempo. ¿Satisfecha?

Ese nombre no me dice nada, miro por un momento a mi compañero, que niega levemente con la cabeza.

—¿Y qué quieres de nosotros?

—No querida, esa no es la pregunta. La pregunta es: ¿Qué queréis vosotros de mí?

—Antes has dicho que nos estabas esperando. Supongo que ya lo sabrás.

La anciana exhibe sus mal contados dientes y emite una risa algo desagradable. Avanza hacia nosotros, lo que provoca que no tensemos más.

—Si tú, Señora de la Noche has descubierto este lugar, quiere decir, que sabes el coste de lo que quieres hacer. ¿No es así? Y si lo sabes, ¿lo sabe él?

Mi compañero me mira interrogante y vuelvo a oír esa risa estridente.

—¿Y tú, Alfa? ¿También quieres dejar de ser lo que eres?

Matt comienza a transformarse en humano, y me mira.

—¿Qué me has escondido?, asesina. —Casi escupe las palabras.

—Básicamente, que necesita de ti para volver a ser humana —suelta la anciana, sin apenas llegar a poder responder por mí misma.

—¿De mí? No sé en qué encajo yo en todo esto.

Me acerco a Matt y saco de mi chaqueta la hoja que arranqué, cuando me fui

de la Mansión.

—Según la leyenda, un vampiro solo puede volver a ser humano, si un lobo Alfa accede a que beba de él.

—¿Por eso ibas a buscarme? ¿Pero te has vuelto loca? ¿Acaso crees que te voy a dejar que claves tus asquerosos colmillos en mi cuello?

—Pero no es solo eso, Señora de la Noche. No solo te tiene que dejar. Tiene que enamorarse de ti. —De nuevo esa risa estridente.

Me contengo para no estrangular a la anciana, mientras veo cómo Matt me mira con desprecio.

—En cuanto a ti, señor Alfa, para dejar de ser un lobo, has de hacer que ella también se enamore de ti.

—¿Ahora comprendéis por qué nunca se ha hecho? Jamás ha habido un hombre lobo que se haya enamorado de una vampira. Y viceversa. Sois enemigos naturales.

Cerré los ojos sintiendo cómo mi mundo se desmoronaba. Todas mis ilusiones por ser de nuevo mortal, por vivir la vida que aquel ser que durante ocho siglos me arrebató y que yo idolatraba, se empezaban a ir por el desagüe. ¿Cómo he podido ser tan ignorante? ¿Acaso creía que iba aceptar como si nada?

—Sin embargo, os queda una opción. Este portal atraviesa el tiempo. Tenéis una oportunidad... Pero os aviso, la cruzada será difícil. ¿Queréis intentarlo?

Abrí de nuevo los ojos. Un atisbo de esperanza, volvía a surgir... como el primer rayo de sol de un amanecer.

—¡Sí! —dije sin pensarlo dos veces.

—¿Y tú, señor Alfa? ¿Te arriesgarás?

Noto cómo mi ansiado compañero comienza una lucha en su interior. No puede volver con los suyos, ya no. ¿Preferirá huir?

—Adelante, bruja. Haz lo que tengas que hacer.

La anciana volvió a exhibir esa horripilante sonrisa, y sin decir nada, y haciendo gala de una fuerza hasta ese momento escondida, nos empujó a ambos al portal, que nos tragó, como si fuera un agujero negro.

Mientras caíamos en un abismo, la voz de la anciana sonaba en nuestras mentes.

—Demostradme que daréis la vida por el otro y que sois capaces de amaros. Si lográis eso, os traeré de vuelta como humanos, si no...

El vínculo psíquico se rompe y sin saber cómo, dónde o por qué,

aparecemos en medio de una pradera.

Observo el vasto paraje, Matt está un poco más abajo que yo. Veo que se agarra con fuerza un tobillo, y que lanza maldiciones, la expresión de su rostro me deja claro que se lo ha fracturado. Me acerco a él para ayudarlo.

—¿Estás bien?

—Sí, no necesito tu ayuda. Puedo valerme por mí mismo.

Odio la terquedad de este hombre. Ha accedido voluntariamente a venir, él busca lo mismo que yo, sin embargo, el que quitase la vida a tantos amigos y familiares parece ser un impedimento para que me deje ayudarlo.

—Matt, los dos estamos en la misma condición, ambos buscamos dejar de ser lo que somos.

—Que te quede bien claro, alimaña. Solo he accedido a venir para no tener que huir siempre de mi manada. No pienses que lo he hecho por ti.

Este tío me exaspera. Estamos en mitad de la nada, vete a saber dónde y lo que solo le importa es la separación de las razas.

—Lo único que pretendo es ayudarte. Te has lesionado el tobillo. No creo que puedas andar así, a menos que, te conviertas en lobo.

Veó que me traspasa con la mirada, pero sabe que en el fondo tengo razón. Los animales pueden desplazarse con más facilidad que un humano, aunque lo hagan cojeando.

—¿Qué coño pasa?

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —pregunto intrigada por su mala leche.

—No puedo cambiar. No siento la conexión con mi lobo interior. Es como si nunca hubiera estado ahí.

Vale, esto no es lo que esperábamos... «¿Qué estará pasando?».

Me acerco a él y le cojo del brazo para ayudarlo a levantarse. Pero se queda quieto donde está y veo cómo señala con el dedo a mi espalda.

Me giro para ver qué quiere decir, me quedo paralizada. Toda mi piel se vuelve blanca al ver el astro Rey comenzar a despuntar al alba.

Rápidamente intento hacer un agujero en el suelo, pero mis uñas no crecen, por el contrario, noto cómo mis dedos me duelen al escavar, siento mi respiración agitada, estoy nerviosa.

En ese momento me quedo totalmente en *shock*. ¡Estoy respirando!

Al ver que los primeros rayos de sol comienzan a acercarse, me hago un ovillo, mientras Matt intenta cubrirme con su cuerpo. Noto el calor del sol en mi piel, aunque no me duele y sigo con viva. «¿Por qué no me mata?».

Mi compañero me coge las manos y me las enseña. Tengo los dedos

cubiertos de sangre, la piel está abierta y no cicatriza.

—¿Pero qué está pasando? ¿Qué nos ha sucedido?

—No lo sé, lo único que tengo claro es que somos humanos, Rowan.

De repente, un batallón de hombres a caballo nos rodea al más estilo de las dos Torres. Exhiben immaculadas armaduras, escudos, de al menos un pie de alto, en los que se pueden apreciar dos leones atacándose.

—¿Mis señores, os encontráis bien?

—¡Eh! Sí, bueno... ¿Dónde estamos?

Noto como los soldados se miran unos a otros sorprendidos.

—Mi señor, ¿la señora se encuentra bien?

Matt abre los ojos sorprendido ante el trato que nos dan. Pero por suerte es avisado y responde rápido.

—¡Eh! Sí, sí. Solo hemos resbalado por la ladera, y se ha golpeado en la cabeza. No os preocupéis.

Veo que traen un par de caballos. Hace siglos que no monto en uno. Permito que me ayuden a montar, por el mero hecho de seguirles la corriente. Matt hace lo propio.

De buenas a primeras parece que hemos cambiado de época.

En el trayecto ambos permanecemos callados; hasta que no sepamos dónde estamos o quiénes suponen que somos, lo mejor será disimular para no levantar sospechas.

Nos dirigen hacia una zona poblada, que vemos a lo lejos, o al menos, esa es la impresión. Un pueblo fortificado, donde en lo alto de la loma, se levanta un enorme castillo. «¿Seremos los dueños?».

Según nos vamos acercando, la imagen del castillo impresiona cada vez más. Para poder acceder a él, primero hay que pasar por el pueblo. Calculo, a bote pronto, que vivirán unos quinientos habitantes; una cifra nada despreciable para la época en la que debemos de estar.

Después, hay que seguir un sendero hacia la loma de la montaña. El camino es empedrado, por lo que nos ralentiza el trayecto por miedo a que los cascos de los caballos se queden atrapados entre las piedras.

Ya, arriba, mis ojos se abren de par en par. El castillo está construido sobre una isla, de la que nace un puente de madera, que está partido en dos. Por medio de un mecanismo de poleas, nuestra mitad del puente, se mueve desde tierra hasta el agua, el otro trozo de la isla, va bajando, hasta que engancha con su otra mitad, mediante unas presas metálicas. Nunca antes había visto un sistema de puente levadizo semejante. En ambos lados, hay dos hombres que

mueven la rueda, haciendo que los puentes giren. «¿Quién lo habrá ideado?».

Cruzamos, pese a que parecía algo endeble, sus maderas son fuertes como para soportar el paso de los jinetes a lomos de los caballos.

Compruebo que en el agua abundan varias especies de peces, unos grandes y otros más pequeños. Siento lástima de quiénes caigan a sus aguas.

Matt va delante coronando la marcha. Lo veo muy suelto, pese a que dudo que haya vivido algo semejante.

A mi mente vienen recuerdos de cuando mi líder me convirtió y me llevó a su castillo. En ese momento me pareció majestuoso, pero comparado con este, no dejaba de ser una simple atalaya.

El sonido de las trompetas me saca de mis pensamientos. Veo como se abren los portones. El grosor de las puertas debe superar, por lo menos, el metro.

Una vez dentro, enarco una ceja al comprobar que la parte trasera de los portones está forrada de hierro.

Una comitiva nos recibe. Bajamos de los caballos y nos guían por el castillo.

Jamás había visto una colección tan basta de armaduras, escudos de armas, retratos de las diferentes familias que asumo, ocuparon en su día el trono.

Siento cómo Matt esté embriagado por la situación. Espero que sea capaz de dominar la situación, de lo contrario, va a ser complicada nuestra estancia, pese a que seamos los señores de... ¿La Villa? ¿El Condado?

Vuelvo a darme cuenta que ni siquiera sé quiénes somos ni dónde estamos, pese a que el castillo por dentro me es familiar.

Tras la bienvenida, rehúso sentarnos en el trono. Usando mis recuerdos pasados, pido que nos lleven a nuestros aposentos, necesitamos descansar, es una excusa.

Nos conducen a ellos, pese a que a los sires presentes no les ha gustado el desplante. Se tendrán que aguantar, somos los señores y nosotros mandamos.

En cuanto cierran las puertas de los aposentos reales, me desplomo en la cama riéndome a carcajada limpia.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? ¿Acaso sabes dónde estamos o quiénes somos?

Dejo de reírme, me recuesto de medio lado quitándome los mechones de pelo que me tapan el rostro y le miro fijamente.

—Por los materiales usados en la construcción y los tejidos de las ropas, yo diría que nos encontramos en algún punto entre el Siglo XIV y XV. Pero no

sé en qué país.

—¿Y cómo se supone que vamos a salir de esta? Yo no tengo ni idea de ser rey.

—Es muy fácil. Trata a todos con desgana si quieres ser un villano, o por el contrario, simula que te importa lo que dicen. No dista mucho de dirigir una manada.

Me preocupa el hecho de que echemos de menos nuestros poderes sobrenaturales.

Estiro de una cuerda bañada en oro, provocando que suena el replique de una campanilla. De inmediato entra un criado, hace una graciosa reverencia y espera las órdenes.

—El señor y yo deseamos cenar hoy en nuestros aposentos. Dispón todo para que sea así.

El criado vuelve hacer una reverencia y se marcha con la cabeza baja, pero sin darnos la espalda. «Interesante», pienso para mí.

Llevamos horas hablando de protocolos, de mis recuerdos de esta época y cómo sobrevivir en una corte.

Cuando decidimos dormir, nos echamos cada uno a un lado de la cama. Sé que él prefiere no hacerlo, pero lo he convencido de que hay que guardar las apariencias.

Capítulo VI

Es la primera vez en mucho tiempo que duermo al lado de una mujer. No se me va de la cabeza que ella es quién arrebató la vida a tantos de los míos.

Se ha tirado toda la noche despierta, tiene que ser raro para ella volver a ser humana, pero es lo que buscaba.

Seguimos extrañados de estar en esta época. Nos hemos tenido que vestir con prendas no habituales para bajar a desayunar. Se me hace extraño tener a todo un séquito de sirvientes esperando que les ordene algo. Echo de menos mi cuarto de baño, mi ducha, mi ordenador.... Aquí no hay nada de eso, y si vieran algo de tecnología nos quemarían por brujería, pese a que seamos o aparentemos ser los señores de lo que sea este castillo.

Una cosa que me ha sorprendido mucho ha sido el desayuno. Ni en el mejor Hotel de cinco estrellas tienen un buffet tan amplio. Casi he probado de todo, hasta que me he dado cuenta de que los sirvientes me miraban extrañados. Entiendo que el hombre al que sustituyo no debe de tener demasiado apetito.

A Rowan la veo muy desenvuelta en el papel que representa. Parece como si toda su vida hubiera vivido así. He de reconocer, que me gusta verla tratar con la gente, parece estar envuelta un halo de mando, consiguiendo, así, la obediencia de los demás en todo lo que ordena. Lástima que sea mi mayor enemigo. Si no fuera una vampira...

Cierta gente nos trata con miedo. No sé hasta qué punto, el señor es buena o mala persona.

Alfonso me llaman. Gracias a Rowan, he averiguado que Alfonso XI, fue un rey español, concretamente, del reino de Castilla. No tenía ni idea de que España llegara a partirse en cuatro coronas distintas: Castilla, Navarra, Valencia y Granada, «Reino Musulmán»; estando en guerra con este último, por lo que me suena de alguna película el término: «Reconquista».

Se me hace raro ser Rey. Jamás soñé con serlo, y cuando veía películas sobre ellos, recuerdo que los compadecía. Ahora, por causas del destino, me compadezco a mí mismo.

También me dijo que en esta época apareció la llamada «Peste Negra», que

según cuentan, mató a cien millones de personas. No entiendo por qué la anciana nos ha traído a esta época, ni sé qué quiere que hagamos en ella. Yo odié a muerte las clases de historia que me daba mi padre. Me parecían muy aburridas, ahora, añoro el tiempo que perdí.

Por suerte, ella parece estar viviendo de nuevo sus primeros años como vampira. El hecho de haber vivido tanto tiempo, nos da una ventaja, ya que parece una enciclopedia andante, no sé dónde guarda tanta información.



No llevamos ni una semana en esta época, pero si le vuelvo a escuchar quejarse, le arranco la yugular.

Puedo entender que no sepa comportarse, que no conozca nada de la historia de este país, por suerte, «mi maestro» me hizo estudiar todas las noches para estar preparada para cualquier acontecimiento, he de estarle agradecida.

Para mí, es como volver al pasado.

Visité las cortes de todo el mundo, incluida esta, por eso me sonaba el castillo el día que llegamos, sin embargo, la primera vez que estuve aquí, Alfonso había muerto. Pese a eso, sé que el protocolo español es de los más arraigados que existen, y así se lo hago saber a mí... ¿compañero?

Me hace mucha gracia ver cómo intenta adaptarse para no haber hecho ninguna vez de rey. Noto cómo si hubiera nacido para eso. Debe de ser la experiencia como Alfa.

Tengo algo de miedo, pues sé que en estos años, fue cuando empezó la Peste Negra y aunque llegase de Asia, nunca llegué a conocer la fecha exacta, pero en Inglaterra la empezamos a notar cerca del 1348.

Lo que más me asusta es no poder volver a nuestro tiempo y morir aquí, donde la esperanza de vida es demasiado baja.

Aún me cuesta conciliar el sueño por las noches, apenas logro hacerlo una hora o dos.

—¿No puedes dormir?

—No, no dejo de pensar en intentar recordar episodios ocurridos en esta época y así mantenerte prevenido.

—No tienes por qué preocuparte. Deberías disfrutar de esta segunda vida. He notado que te encuentras muy a gusto en este tiempo.

Me giro para mirarle enarcando una ceja.

—¿Acaso no sabes contar? En estos años fue cuando dejé de ser humana cuando el cabrón de Cristhofer me arrebató a mi esposo y me condenó a ser su esclava.

—Lo siento, no sabía que hubieras sido esclavizada.

—Me convirtió, por lo que a mí respecta, me esclavizó.

Veo remordimiento en sus ojos. «¿Por qué?». «¿Por qué le doy pena?».

Al fin consigo dormir. Como en noches anteriores, he tenido que dar mil paseos por la alcoba hasta que el sueño me ha vencido, ya cerca del amanecer.

Los días pasan sin pena ni gloria, la Reconquista sigue su curso. La vida en el castillo resulta más monótona de lo que esperaba.

No lo creía posible, pero echo de menos el sabor de la sangre, pese a que me siento liberada de la condenación, me sigo sintiendo rara. No puedo dejar de pensar que esto es un sueño o una prueba que la anciana nos ha puesto.

He salido a pasear, pues odio sentirme encarcelada entre cuatro paredes.

Monto una yegua parda muy tranquila, a mi espalda, como siempre, me acompaña un séquito formado por guardias y damas de compañía, como si no me las pudiera arreglar sola.

Paramos en un claro, el sol está en todo lo alto, y siento cómo el corpiño y el vestido apenas me dejan respirar. Lo que daría por una camiseta de tirantes y un pantalón corto en este momento. Me río solo de pensarlo.

Sin esperarlo, veo que aparece Matt, también con su séquito. Genial, más idiotas que se quedan parados a esperar que se les ordene algo.

—¿Qué hacéis aquí mi Señor?

—Me sentía solo sin vuestra presencia, mi Señora.

—¿Por qué no los mandas al castillo y nos perdemos? —le susurro para que no se escandalicen.

Tras mucho insistir y amenazar con enviarles a las mazmorras, la guardia y los séquitos toman el camino de vuelta.



La guardia, con el cortejo detrás, llegaba al castillo cuando los jinetes empezaron a escuchar un gran revuelo.

Con el ruido de las trompetas aún en sus oídos, entraron en el castillo. Había un corro en la puerta, todos los *sirs* estaban reunidos ahí, amén de todo

el populacho.

Uno de los *sirs* de más edad exponía que los reyes se comportaban de manera muy extraña, asegurando que estaban embrujados, pedía que se les apresara para determinar qué ocurría.

Por el contrario, otros se oponían al considerar que habían sido elegidos por Dios para gobernar esta tierra.

Después de un par de horas de discusiones, optaron por la primera propuesta. La guardia real tampoco estaba muy convencida de lo que les pasaba a sus Señores, así que, el capitán dio orden a los soldados de traer a los reyes al castillo.



Dejo escapar un suspiro de liberación cuando desaparecen por una loma.

Me acerco a Matt y le pido que me afloje los cordones del corpiño, enseguida soy capaz de llenar mis pulmones con aire.

—Llevamos aquí casi un mes y no soy capaz de acostumbrarme a estos vestidos.

—Pues tengo que reconocer que te quedan de maravilla.

—¿Eso es un cumplido, señor Alfa?

Me río cuando un tanto azorado aparta la mirada. Nuestros caballos pastan a una corta distancia. Me dejo caer sobre el prado y cierro los ojos, sintiendo la libertad que da el no haber edificios, ni coches, ni siquiera aviones surcando el cielo.

—Apuesto a que desearías correr por estas praderas, ¿verdad?

—Pues sí, la verdad. No se vive tan mal sin tanta aglomeración de civilización.

—De todas formas tenemos que ser cuidadosos, no conocí a estos reyes, pero dudo que hicieran estas cosas.

Seguimos hablando y cada vez le noto más cercano, como si esa barrera que antes nos separaba, empezase a derrumbarse. Sonrío pícara y apoyo mi cabeza en su brazo, noto cómo él masajea mi cabello y poco a poco, roza la piel de mi cara.

«¿Puede ser que esté empezando a sentir algo?».

Cierro los ojos y disfruto de sus halagos.



No sé por qué cada vez me siento más atraído hacia ella. Cuando me anunciaron que había salido del castillo, supe que tenía que ir a buscarla. Me encanta el que quiera quedarse a solas.

En este mes, he pasado de odiarla a querer no separarme de ella. «¿Me estaré enamorando?». No, no puede ser, ella es una vampira y yo un hombre lobo, no hay amor que pueda unir las dos razas, sin embargo, aquí solo somos un hombre y una mujer; un marido y una esposa; un rey y una reina.

Me sorprende cuando apoya su cabeza en mi hombro, me atrevo a acariciar su cabello, parece que sea hilo de seda, pero su piel es totalmente suave, noto cómo cierra los ojos y me deja hacer.

«¿Es esto lo que quería la anciana?».

De repente, mi mente procesa el momento, los dos tumbados, uno encima del otro, besándonos, amándonos. En cualquier otro momento, incluso un mes antes, esa imagen me habría dado un asco atroz, sin embargo, ahora...

Me muevo un poco para estar más cómodos, se me empezaba a dormir el brazo. La miro y veo sus labios entre abiertos, como si estuvieran esperando a los míos. «¿Qué hago?».

Acerco mis dedos a ellos, los rozo. Mi corazón se acelera al sentir que ella los besa.

Abre los ojos y me mira, sonrío y yo hago lo propio. Me siento como un estúpido adolescente ante mi primera cita.

Me acerco un poco más a ella. Ella se coloca mejor, esperando recibirme. Su mano acaricia mi pelo, mi nuca. Lo he decidido, voy a besarla y con ello sé que estoy traicionando a mi mente que me dice mil y una veces que es el enemigo.



Cuando estoy a menos de un centímetro, escuchamos unos cascotes retumbar sobre la tierra, unas espadas desenvainando.

Nos levantamos al momento. A unos trescientos metros, vemos a los guardias dando el aviso de apresarnos. «¿Apresarnos? Pero ¿por qué?». A continuación nos acusan de suplantadores. «Mierda, nos han descubierto».

Corremos hacia los caballos, que por suerte se han quedado cerca. Haciendo gala de una gran agilidad, Rowan monta en el suyo y yo en el mío. Los espoleamos y ambos equinos comienzan a correr.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo se han podido dar cuenta?

—No lo sé, pero hay algo que me preocupa más que el hecho de que nos persigan.

La miro y veo que tensa el rostro, como si se estuviera aguantando un dolor insoportable. Me doy cuenta de que de su cuerpo comienza a salir humo, es como si estuviera ardiendo. Sin pensarlo, miro al cielo, el sol está apunto de ocultarse. «¿Qué está pasando?».

Me doy cuenta de que algo ha cambiado en mí. Siento una gran rabia en mi interior, una rabia que no sentía desde hace... Entonces caigo en la cuenta.

—¡Hemos vuelto a la normalidad!

—No me digas... ¡Llevo un rato notando como me estoy quemando viva!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora?

Seguimos al galope hacia un bosque cercano. Tengo la esperanza de perderlos ahí, y si no, tendremos que... prefiero no pensar en esa opción.

Llegamos al bosque y nos bajamos de los caballos, les doy sendas palmadas en el lomo para que sigan su camino, y nos ocultamos entre unos matorrales, me tumbo encima de ella, para protegerla de los últimos rayos de sol.

Cuando al final pasan los guardias, me separo de Rowan. Me sorprende cuando la miro. Tiene casi todo el rostro oscuro, un rato más al sol y habría terminado quemada literalmente.

Sé que está aguantando el sufrimiento de las heridas provocadas por el sol. Soy consciente de que solo la sangre la curará, por suerte, en el bosque hay muchos animales de los que se puede alimentar.

A mi mente vuelve de nuevo el deseo de matarla al igual que de poseerla. Definitivamente, he acabado enamorándome de ella.

«¡Bravo Matt!».



Hacia mucho tiempo que no sentía este dolor. Cierro los puños clavándome mis propias uñas en la carne para mitigar el ardor que hacen las quemaduras sobre mi piel. Siento como algo dentro de mí trata de liberarse, quiere salir a la superficie, pero si lo logra, será lo último que haga cuerda,

pues esa es la muerte en vida de todo vampiro, nuestra bestia interior.

Agradezco el detalle de querer protegerme del sol, pero me horroriza el que vea mi rostro medio quemado. Usando las pocas fuerzas que me restan, me pongo en pie y me alejo de él.

—Tengo que encontrar algo de que alimentarme, no puedo quedarme aquí. Lo siento.

—Déjame ayudarte.

Le miro y niego categóricamente con la cabeza. Si me ayuda a cazar un ser vivo, por muy instinto de lobo que tenga, sé que jamás se lo perdonará. Los licántropos, los que no han perdido la cabeza, solo cazan para alimentarse cuando no tienen más remedio, pero son los hipotéticos guardianes de la naturaleza, la última defensa de esta contra nosotros, los vampiros.

—No puedo pedirte ni dejar que lo hagas. Busca un lugar dónde descansar, a ser posible, que pueda resguardarme del sol. Mañana pensaremos qué hacer.

No le doy tiempo a que conteste, salgo corriendo como alma que lleva el diablo, nunca mejor dicho. Me río de la tontería de mi pensamiento.

«¿Qué vamos hacer ahora?».

De inmediato me viene a la memoria una película que vi hace más de veinte años, sobre un lobo y un halcón que estaban más o menos es nuestra situación, que irónico. ¿Por qué habré ido a ese monasterio? ¿Por qué iría él a la vez? De todos los días, de todos los años en los que vivimos, fuimos el mismo. ¿Será cosa del destino?

Doy gracias a que vuelvan mis sentidos. Pese a que, sin el poder de la sangre están algo atrofiados, rápidamente localizo una presa. Un corzo. Gracias a mi celeridad, salto encima de él, no le doy tiempo a reaccionar. Me encaramo sobre él, subo las piernas rodeando el cuello librándome de las poderosas patas y a la vez, de su cornamenta. Le clavo mis colmillos en el cuello, y pese a que su sangre no es tan exquisita como la humana, dejo que poco a poco, mi cuerpo se nutra de ella. Esta vez, no puedo permitirme el lujo de dar un solo sorbo. Mis heridas son graves, las quemaduras de sol necesitan una gran ingesta de sangre para que el poder de la misma, sane mi cuerpo.

Por suerte, dispongo de toda la noche y de todo el bosque.

Después de dejar un reguero de cadáveres secos de animales, siento cómo el poder actúa sobre mi piel. Mis heridas empiezan a sanarse, y mi poder vuelve a resurgir.

Es extraño, pero es la primera vez durante el presente mes que me siento

viva. Una nueva ironía.

Ya recuperada, toca buscar a Matt. Sin venir a cuento, me viene a la mente el instante en el que casi me besa. «¿Por qué lo querría hacer?». Si fuera aún humana, estoy segura de que me habría recorrido un escalofrío solo de pensarlo. Cierro los ojos, maldiciendo a la guardia, era ese el momento anhelado, deseaba besarle, sentir sus labios en los míos. Por fin me miraba como a una mujer y no como a una horrible bestia asesina.

Me acerco a la cueva donde sé que está. Me quedo quieta en la entrada al oír un gruñido de aviso. Se ha convertido en lobo para pasar desapercibido. Permanezco inmóvil esperando a ver qué hace. Esconde los colmillos, se relaja y se tumba; señal inequívoca de que acepta mi compañía. Suspiro aliviada, no me gusta la idea de huir de... ¿Qué se supone que es?

Entro en la cueva y me siento a su lado, veo que se ha desnudado ante la falta adquisitiva de ropa. No me va a quedar otra que dormir bajo tierra, no hay cosa que odie más.

Se transforma de nuevo en humano, aparto la vista para no verle en paños menores y espero que se cubra.

—Siento haberte tratado de esa manera, no podía dejar que renunciaras a tu identidad.

—Lo sé y te lo agradezco.

—¿Qué vamos hacer ahora?

—Por el momento descansar, mientras no estabas, he cazado un conejo. Mañana recorreré la zona buscando algún sitio dónde poder escondernos.

Asiento con la cabeza, quedan pocas horas para que amanezca. Me doy cuenta de que ha escavado un agujero para mí. No sé qué pensar de eso.

Capítulo VII

Observo cómo se pierde debajo de la tierra. Si algo he aprendido de los vampiros, durante la guerra, es que odian enterrarse, solo lo hacen para pasar largo tiempo de descanso, y aun así, prefieren hacerlo en ataúdes escondidos en sótanos, antes que estar enterrados.

Escondo mi ropa, por si a algún soldado se le ocurre buscar en la cueva, y me transformo en lobo.

Cada vez odio más el dolor que siento, pero al menos, puedo pasar desapercibido, pese a que mi tamaño es mayor que el de cualquier lobo salvaje.

Comienzo la búsqueda de algún refugio. Gracias a mi sentido del oído y del olfato, evito acercarme en demasía a la guardia, que escucho y huelo por los alrededores.

Si tenemos suerte y no nos encuentran en este lugar, cuando se marchen ya no volverán. Y si lo hicieran, no nos quedaría otra que enfrentarnos a ellos, pero esa es la última opción y así se lo haré saber a Rowan cuando despierte.

Gracias a la madre naturaleza, los cadáveres, que dejó mientras se alimentaba, están sirviendo de comida para los animales salvajes. Por lo que no es de extrañar, que pese a que no dispongan de toda la sangre, los felinos u otro animal ni los hombres, noten nada raro.

«¿Por qué ha nacido en mí este instinto por protegerla?».

Hace más de un mes, no habría dudado en matarla y ahora, me preocupo por que tenga sangre con la que curarse. Definitivamente, ha cambiado algo en mí para con ella.

Me muevo sigiloso por el bosque, nunca he estado en este país ni siquiera en la época del mío propio, todo esto es nuevo para mí.

Alguno pensará que estoy loco por pensar eso, pero la quietud del bosque en esta época es inimaginable en la mía, puedo ver cientos de ardillas, conejos, alimañas de todo tipo, que por ejemplo en Central Park o en Yellowstone sería incapaz de ver.

Me estoy alejando demasiado de la cueva, llevo medio día buscando un

refugio, pero no encuentro nada. Tendremos que ir a algún pueblo vecino.

Me doy media vuelta y regreso cabizbajo, molesto por no haber localizado nada.

Alzo la cabeza y veo cómo el sol está en su plenitud. Deben de ser la tres de la tarde. Mi estómago ruge. Doy caza a un par de conejos, y mientras estoy disfrutando de uno, me viene a la mente el momento en que nos interrumpieron los guardias. Veo los ojos de Rowan clavados en los míos, sus labios entreabiertos esperándome. Ahora parece que todo se ha disipado.

¿Por qué volvemos a ser lo que éramos?

No entiendo este juego de la anciana, y me estoy cansando de él. Sus palabras me taladran la cabeza: « En cuanto a ti, señor Alfa, para dejar de ser un lobo, has de hacer que ella también se enamore de ti».

Soy consciente de que algo ha nacido entre los dos durante este mes, pero parece no ser suficiente para que la anciana nos devuelva a nuestro lugar. «¿Qué más debemos hacer?».

Me acerco a una pequeña charca para beber agua, mientras mis ojos, mis oídos y mi olfato siguen alerta.

De repente, escucho una voz detrás de mí, a la vez que siento cómo una red me cubre por completo.

«¿De dónde ha salido ese hombre? ¿Cómo ha eludido mis sentidos?».

Le enseño mis colmillos, intento por todos los medios zafarme de la red, pero veo que tiene cuatro plomadas, una en cada lado, que impiden que las pueda levantar transformado de lobo.

En el momento en que me voy a convertir en humano para liberarme, veo a otros tres hombres más, llevan arcos y flechas. Si me transformo está claro que me matarán antes de poder pasar, de nuevo a bestia.

Intento pensar todo lo rápido posible, mientras no dejo de mostrarme molesto e indignado, mostrando mis colmillos y erizando mí pelo.

Emito un aullido con la esperanza de que Rowan lo escuche. En todos los clanes de licántropos es sabido que, pese a que los vampiros duermen, pueden ver y oír lo que sucede por los ojos de sus víctimas. No sé muy bien cómo funciona ese poder, pero espero que lo esté haciendo ahora.

Veo que los hombres atan la red a un caballo y este al tirar de ella, me hace caer al suelo sin poder evitarlo. Estoy siendo arrastrado. Los hombres, entre vítores y aplausos, celebran su pieza de caza. De no ser por no querer revelar lo que soy, habrían hecho vítores, pero corriendo para salvar sus patéticas vidas.

Me han llevado a un pueblo. Ahora me encierran en una jaula, dejándome en mitad de la plaza para el disfrute de la gente.

A lo largo de la historia, el ser humano, al estar rodeado de su gente y sentirse protegido, siempre se crece y hace cosas que no haría de estar solo, como están haciendo ahora unos de los niños más atrevidos. No paran de pincharme con palos para que les enseñe los colmillos ni de tirarme de la cola. Con un par de aullidos, consigo hacerlos retroceder unos minutos, pero después, vuelven a la carga. Juro que me desharé de los más desagradables.

Por suerte para mí o eso espero, el sol comienza a descender, por lo que si esta jauría de humanos no decide matarme, pasaré la noche esperando que ella me libere.



Me revuelvo en la tierra, a mis oídos llegan los aullidos de Matt, tiene que ser él, no me ha dicho que hubiera más lobos por los alrededores.

Por suerte, he podido ver fragmentos en las mentes de los humanos, en la suya no, como ser sobrenatural, la tiene cerrada a mí. Pero no así esos desechos.

He visto cómo le apresaban y cómo era arrastrado. También he sido capaz de ver cómo lo torturaban en una jaula.

Estoy impaciente por que la noche cubra con su manto el pueblo. Mi sed es insaciable cuando tocan algo que me importa. Si no fuera por esta maldita tierra, me relamería los labios.

Por fin siento que el sol se oculta, ha llegado mi hora. Y la de los transgresores.

Salgo de la tierra, y me encamino hacia el pueblo. Estoy hambrienta, pero reacciono a tiempo, esos pensamientos de muerte, que he tenido hace un momento, eran producto de la bestia de mi interior. ¡Qué cerca de liberarse ha estado!

Llevo dentro de mis ropas, las de Matt para que una vez lo libere, pueda vestirse.

Espero a que todo el pueblo duerma. Como mucho, solo habrá dos guardias, a lo sumo tres, será fácil deshacerme de ellos.

Sin darme cuenta ya estoy corriendo hacia el primero que veo. Con un movimiento rápido, escucho cómo su cuello cruje y cae al suelo sin vida. Me

escondo en la sombra de una casa, tardé mucho en dominar esta habilidad, que me hace pasar inadvertida ante los ojos de los humanos, si no quiero que me vean.

Este es otro poder que la sangre me da y del que estoy enormemente agradecida, pues pronto han echado de menos al gordo de la puerta.

Veo a Matt, en el centro de la plaza, con las orejas en punta. Sé que me ha oído y me ha escuchado. Pero ¿por qué no se mueve?

Despacio me dirijo hacia la derecha, no quiero tener que matar a más gente, pese a que el hambre me devora.

Paso por una puerta, que se abre sin avisar, y me encuentro con un hombre, que me saca dos cabezas, casi sin dientes y además, parece un armario. Me mete dentro de la casa y me empuja hacia la pared. Si lo hubiera esperado, no me habría movido ni un ápice, pero fue una sorpresa.

Me golpeo la cabeza contra el pico de un mueble improvisado, puedo sentir cómo se me nubla la vista, y un pequeño hilo de sangre desciende resbalando por mi piel.

Aprieto los puños, permito que se acerque. Me mira con furia, no espera que una simple mujer le plante cara.

Cuando está cerca de mí, abro la boca para dejarle ver con quién se ha metido. Suelta un grito y se santigua, a lo que yo respondo colocando un dedo en su boca, invitándole a que guarde silencio. Me obedece mirándome con terror, y hace bien, pues lo siguiente que voy a hacer es morderle la yugular.

Cierro los ojos, sintiendo cómo el torrente escarlata entra en mí ser, las fuerzas vuelven, las he recuperado después del ayuno diario.

No me molesto ni en teparle las heridas. Una vez acabo con él, lo dejo caer al suelo y en ese instante me quedo helada al ver cómo un niño me mira fijamente con la boca abierta.

Me siento morir en mi interior. No esperaba que tuviese descendencia, tampoco lo pensé.

No me queda otra que cogerle en brazos, el crío es como una estatua. Mantengo la mirada en sus ojos y sin decir nada le parto el cuello.

Siento un ahogo en mi interior por tal injusticia, mis ojos dejan caer lágrimas, pero «¿qué podía hacer?». Necesitamos escondernos y ese niño con total seguridad me habría delatado.

Odio ser lo que soy, pero mucho más en este momento. Soy incapaz de moverme, me quedo parada ante el cadáver infantil. Solo el aullido de Matt me saca de mi estupor.

Camino hacia la puerta y me vuelvo a fundir con las sombras. Aún continúo en *shock* y mis ojos no paran de llorar.

Con un movimiento rápido, me acerco a la jaula y rompo el candado. Antes de que nadie se dé cuenta, corremos de nuevo al bosque.

Quiero volver a mi época, necesito ser humana de nuevo.

Una vez alejados del pueblo nos detenemos, Matt vuelve a convertirse en humano. Le doy la ropa y escondo el rostro entre mis manos, mientras me siento.

—Gracias, pensé que no habrías oído mi llamada. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

Soy incapaz de responderle. Me siento sucia, estoy angustiada. Sé que soy un monstruo. Soy consciente de que jamás olvidaré la cara de ese niño.

Capítulo VIII

Llevamos una semana buscando alguna aldea dónde poder instalarnos. Deseo que esto se acabe, pero cada vez siento que va a peor. Rowan está distinta, parece un muro de hielo andante. No ríe, no habla. «¿Qué pasó aquella noche en el pueblo?».

Nos hemos repartido la búsqueda, ella lo hace de noche y yo de día.

Por fin, tras dos semanas de batida, hemos encontrado una villa en la que intentaremos comenzar de cero.

«Pero ¿cómo hacer que la gente no se fije en que Rowan solo da señales de vida por la noche?».

Me machaco la cabeza para encontrar alguna solución.

Son las doce de la mañana, o al menos eso creo por la posición del sol. Si hubiera sabido esto, habría saqueado las arcas reales.

Por suerte, siempre ha habido gente que prefiere vivir alejada del bullicio y encuentro una casa abandonada.

Una cruz negra adorna o avisa en la puerta alguna enfermedad. Por fortuna para nosotros no tenemos problema con ninguna. Los licántropos no padecen las enfermedades humanas, y los vampiros... Los muertos no sufren.

Al pensar así de ella, un enorme escalofrío me recorre el cuerpo.

«¡Me he enamorado de ella».

¡Qué valor tengo! Si Sonia o Mónica se enteraran, no tendría ciudad, país o planeta para huir de ellas.

Tras volver al sitio dónde nos escondimos, espero a que despierte. De nuevo aparece taciturna, no quiere hablar, solo me sigue como si fuera un *zombie*.

La guío hasta la casa y lo único que hace es arquear una ceja en cuanto ve la señal, parece que la reconoce. Solo en ese momento habla.

—Es la marca de la peste.

—¿La Peste Negra?

Ella asiente y entra en la casa. Lo primero que hace es tantear el suelo. Mucha gente en esa época escondía sus riquezas en resquicios bajo el suelo.

Veo que se agacha y comienza a quitar unas láminas de madera, se mete dentro del agujero para salir en pocos segundos.

—Valdrá.

—¿Valdrá? ¿Cómo que valdrá? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Qué más quieres que diga?

Suspiro, la rodeo con mis brazos comprobando que no hace nada para impedírmelo, y clavo los ojos en ella.

—Necesito que me digas qué pasó en ese pueblo.

—No sé de qué me hablas. —Me esquiva haciéndose la desentendida.

—Lo sabes perfectamente.

Se aparta de mí y vuelve a colocar los maderos en el mismo lugar que estaban.

—No quiero pensar en ello.

—Sin embargo, no paras de martirizarte. Te he observado estas dos semanas, y sé que algo importante sucedió.

—Si te lo cuento... prométeme que no me odiarás.

Levanto una ceja, la miro asintiendo en silencio. «¿Qué habrá hecho para decirme esto?».

Mientras me cuenta qué pasó, un escalofrío me recorre el cuerpo, desde los pies a la cabeza.

Un niño, pero en el fondo de mi ser, entiendo el dilema al que se enfrentó.

Que hubiera un rumor de que había una mujer que bebía sangre, podría haber puesto en nuestro camino la caza de brujas o algo parecido.

Me acerco más a ella, coloco mis manos en sus mejillas y la beso.

Veo como abre los ojos, está sorprendida, después, los cierra y mantiene el beso.

Siento un desahogo dentro de mí, como si algo se hubiera liberado. Nos seguimos besando.

Sé de sobra que ella no puede procrear, al menos, no por ahora, pero no me importa. Jamás imaginé que acabaría besando a mi peor enemigo.



Tengo miedo, no sé cómo va a reaccionar cuando me oiga contarle lo que pasó.

Ya está. Ya se lo he dicho, mi alma se libera un poco, pese a que estaré toda

la eternidad manchada por la sangre de ese pobre niño.

Por un momento creo que me va a estrangular, coloca las manos en mis mejillas y...

«¿Me besa? ¿Me está besando?».

Abro los ojos sorprendida, al comprobar que no es un sueño, los cierro, y sigo besándole con pasión.

Nos recostamos sobre la paja y sin separar nuestros labios, empezamos a quitarnos la ropa. Qué lástima que no pueda sentir nada, al menos, me conformo, con oír su corazón de guerrero latir a mil por hora.

A pesar de tener los ojos cerrados, veo que una luz surge de la nada. Nos envuelve, ambos nos separamos, sonreímos, pues lo que ansiamos está a punto de suceder.

La luz se convierte en cegadora, provocando que cerremos los ojos, es imposible no hacerlo.

Los abro de nuevo, pero él no está.

«¿Dónde ha ido?».

Mis oídos captan unas voces que parecen venir del piso de abajo. Asustada miro alrededor, percibo los ruidos de la calle, de los coches, el ruido del aire acondicionado. «¡Estoy en casa!». Grito a pleno pulmón.

La puerta se abre de golpe y entra una mujer asustada, tendrá unos sesenta años.

—¿Rowan estás bien? Me has dado un susto de muerte y a tu padre también.

«¿A mi padre? ¿Pero qué es esto? ¿Dónde estoy?».

Me miro las manos, tienen un color sonrosado, de repente, me doy cuenta de que estoy escuchando los latidos de mi corazón.

Me levanto de la cama, que ni siquiera sabía que estaba en ella. Estoy asustada. La mujer, que parece ser mi madre, me mira extrañada.

—¿Ya has estado toda la noche fumando porros? ¿Otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no lo hagas?

No escucho sus palabras, miro mi ropa y veo que estoy en pijama, sin hacer caso a la señora, busco unos pantalones y una camiseta. Por instinto, miro debajo de la cama, saco unas botas que me calzo.

—Si estás pensando en irte otra vez, ya puedes dejarlo para otro día. ¡Estás castigada!

Pero ¿quién se cree esta mujer que es? Avanzo hacia ella y la aparto de un manotazo. «Tengo que encontrar a Matt».

Veo que un señor gordo y seboso viene hacia mí. Imagino que será el padre de la muchacha en la que estoy metida.

—Haz caso a tu madre si no quieres que use el cinturón.

Más vale que no me toque, le pienso partir el brazo ya solo por lo que me ha dicho.

Siento su asquerosa mano en mi hombro, de un movimiento rápido, se la cojo y comienzo a retorcerle el brazo.

—¡No vuelvas a tocarme, cabrón o te mataré!

Me ha costado más de lo que creía. Todavía no le he soltado el brazo cuando me veo reflejada en un espejo. ¿Pero qué es esto? ¡Si soy una adolescente!

Creo que los ojos se le quieren salir de las órbitas. La mujer no para de gritar. Tengo que salir de aquí, si no quiero volverme loca.



Después de que la luz nos envolviese, despierto sobre una cama.

De un vistazo rápido, creo que estamos en nuestra época otra vez, al menos, lo parece. Ordenador, televisión, móvil... Sonrío al ver un Móvil.

De repente echo de menos el cuerpo de mi amante. La busco por todos lados, pero no aparece. Susurro su nombre por si estuviera escondida, pero no se manifiesta. Por el contrario, escucho las voces de los vecinos, al parecer, tienen una hija difícil.

Me visto con lo primero que tengo a mano y salgo de la habitación.

Puedo oír sin problema lo que dicen: «Haz caso a tu madre si no quieres que use el cinturón».

Siempre he odiado a los padres que no saben tratar a sus hijos.

Abro la puerta de la calle y justo en ese momento la veo.

—¡Rowan!

—¡Matt! Por un momento pensé que te había perdido.

La abrazo y la vuelvo a besar. Estoy feliz de no haberla perdido.

—Suelta a mi hija si no quieres que te dé una paliza y te mande a urgencias, gilipollas.

Me separo un poco de Rowan y miro al matrimonio que están amenazantes observándome, al menos, el hombre, la mujer parece sorprendida.

—¿Hija? ¿Padres? —le pregunto sin entender.

—No sé qué ha pasado esta vez, pero será mejor que nos vayamos.

La cojo de la mano tirando de ella escaleras abajo, salimos por el portal y continuamos corriendo calle abajo.

Es una suerte estar de nuevo en nuestro tiempo, lo malo, es que como se les ocurra llamar a la policía lo vamos a tener complicado.

Nos escondemos en un almacén abandonado y nos quedamos mirándonos unos segundos.

—Esto se nos está yendo de las manos —me dice Rowan con la respiración agitada.

—No sé a qué espera esa bruja para dejar de jugar con nosotros.

—De todas formas tenemos que salir de dónde sea que estemos ahora.

Vamos hasta la ventana por la que hemos entrado y abandonamos del almacén. Por suerte, nadie nos ha visto. Seguimos calle abajo.

No tenemos ni idea de en qué ciudad estamos, pero al menos, volvemos a estar juntos y a ser humanos; veremos por cuánto tiempo.

Junto mi mano con la suya, ella se deja. Algo corre dentro de los dos, nos miramos y sonreímos como dos adolescentes.

Pese a que ocupamos cuerpos de chico y chica de unos diecisiete años, a los ojos de los demás, nosotros seguimos viéndonos con el mismo aspecto de siempre. Sé que esto es un sin sentido.

Se me ocurre buscar por los bolsillos a ver si tuviera algo de interés. Encuentro una cartera en el posterior, me paro y la abro.

Lo primero que compruebo es si llevo dinero.

—Bien, parece que estamos en Europa, son euros —le digo a mi compañera.

Sigo buscando, en el carnet de identidad pone España, así que, continuamos en España. Se lo hago saber a Rowan. Más concretamente, en Madrid.

Me estoy empezando a cansar de tanto estar fuera de mi entorno. Por otro lado, creo que es mejor, pues aquí no nos buscarán ni los suyos ni los míos.

—Tengo una buena noticia y otra mala. ¿Cuál quieres escuchar primero? —me comunica con una sonrisa.

—La buena —le respondo tajante.

—Tengo hambre, y la mala es que estoy echando de menos la sangre.

Miro instintivamente al cielo, por suerte está nublado, pese a que eso no indica gran cosa, aunque costaría mucho más que se quemase, si cambiase de repente.

—Yo me siento algo distinto que antes, veremos cuánto podemos

aguantar.

Doblamos una esquina y vemos un coche de policía, nos damos la vuelta, pero como supieran que los estamos evitando nos dan el alto.

Mientras uno se acerca pidiéndonos la documentación, el otro habla por la radio. Seguro que está dando nuestra descripción.

El que nos ha pedido los carnets, baja el volumen de la radio, al darse cuenta que la estamos oyendo.



Poco a poco siento cómo mis poderes vuelven a mí, esta vez el paso por humanos ha sido demasiado corto.

Suspiro al ver que el sol no me afecta demasiado, al no darme de lleno. Aprieto la mano de Matt, él seguro que lo estará notando.

Oigo unas pisadas que se acercan a nosotros, imagino que es un transeúnte, pero por el rabillo del ojo veo un destello acercarse al cuello de Matt. De un tirón, le atraigo hacia mí dando una patada al policía que se aproximaba.

Al salir huyendo, los dos caen al suelo. El compañero que continuaba en el coche, cierra la puerta, mete primera para comenzar la persecución.

—¿Pero qué has hecho? ¿Por qué le has dado tal mamporro? —me pregunta preocupado Matt.

—No sé qué pasa, pero vienen a por nosotros, si no llego a tirar de ti, te habrían cortado el cuello.

Veo que Matt mira hacia atrás y escucho cómo grita un nombre:

—¡Anabelle!

—¿Parte de tu manada? Y ¿qué hacen aquí?

—Como comprenderás, no me voy a parar a preguntárselo.

Seguimos corriendo calle abajo, veo venir hacia nosotros a otros dos licántropos, los reconozco por el olor, más Anabell que parece haber escuchado a Matt y corre hacia nosotros, parece que nos quieren acorralar

Rompo el cristal de un coche aparcado, quito el seguro para abrir la puerta. Arranco los cables para puentearlo, mientras, Matt sube por la otra puerta.

—Se están acercando, date prisa, Rowan.

Consigo encender el coche, y salimos «haciendo ruedas».

No conozco la ciudad, no sé adónde ir, pero al menos, parece que los hemos despistamos.

—¿Los ves?

—No, por ahora, no. Espera, sí...

Miro por el retrovisor y veo un cuatro por cuatro persiguiéndonos.

—¡Joder, joder, joder! ¿Por qué no les llamas?

—¿Y qué les digo? ¿Qué paren el coche? Ya no soy el Alfa.

Pienso todo lo rápido que puedo, por suerte, mis reflejos aumentados por la sangre, me hacen esquivar un par de coches, que de otro modo, nos habríamos estrellado sin remedio.

—Necesito alimentarme antes de entrar en combate.

—De combate nada de nada. No voy a dejar que mates a ningún licántropo.

Nos metemos por un parque grandísimo, está lleno de gente en el césped, tocando en los paseos y lleno de estatuas y artistas.

—¡Por Dios!, de dónde ha salido tanta gente. No puedo estar tocando el claxon cada dos por tres —me quejo.

Se me ocurre una idea aberrante, pero es la única que tengo ahora.

Enfilo el coche hacia un lago y le pido a Matt que salte, cuando lo hace, salto yo también.

Después de rodar por el suelo, nos levantamos y con disimulo, sin separarnos nos mezclamos entre la gente, que aún asustada, se ponen hacer fotos y a señalarnos.



¡Por Dios! Esta mujer está loca. Casi nos llevamos a no sé cuántos humanos por delante, y el único medio móvil que teníamos, lo lanza al agua.

Espero que tenga una mejor idea, porque aquí no podemos luchar, hay demasiados inocentes.

Caminamos hacia una de las salidas, y como si fuera un milagro, vemos un cartel en el que pone: «Boca de metro a quinientos metros».

Nos miramos y comenzamos a correr siguiendo la dirección de la flecha. Nos colamos, tras dejar *k.o.* a los guardias de seguridad, bajamos las escaleras todo lo rápido que somos capaces y por suerte, cogemos el metro.

Es la primera vez que respiramos hondo desde que nos parase ese agente de la ley.

Tras estar unos minutos quieta, imagino que se ha dedicado a analizar al

personal, veo que toma asiento junto a un veinteañero.

Tras hablar otros cuantos minutos con él, me sorprende ver que el chico deja que lo bese. Yo sé que solo se está alimentando, pero verla besarse con otro que no sea yo, me produce mal humor y me enciende.

Capítulo IX

Nos bajamos en la última estación, en la de Cuatro Caminos.

Después de caminar un tramo corto hasta la salida, nos encontramos en una glorieta atestada de gente, hay un McDonald's enfrente, al lado encontramos varios autobuses.

No sé qué día será, pero me sorprende de la cantidad de gente que se mueve por aquel lugar. Decidimos cenar algo, al menos yo. Ella ya lo ha hecho...

Me pido una hamburguesa de pollo, y unas patatas súper. Nos sentamos como si fuéramos unos delincuentes, y es que en cierto modo lo somos.

Nos hemos escapado de casa, o más bien, la he secuestrado, hemos pegado a un policía, tirado un coche al lago de lo que se conoce como El Buen Retiro. Vamos, que me sorprende hasta yo mismo de hacer estas cosas.

«¿Dónde está el Alfa serio y recto? ¿Acaso siempre he sido así, y solo la obligación me hacía mostrar otra cara?».

Pese a los peligros de los aldeanos, de estar encerrado en una jaula, que nos persiga la guardia real, mi propia manada, y casi morir estrellado contra un coche, tengo que reconocer, que son los mejores dos meses que he pasado en mucho tiempo.

Nos echan del local cuando están a punto de cerrar, tenemos que pensar adónde poder ir.

Afortunadamente la ciudad es grandísima, cualquier sitio será bueno.

Subimos por una calle, parece que es una principal, llena de tiendas ahora cerradas. Pero lo que me sorprende es la cantidad de mujeres que hay ofreciendo sus servicios.

Veo que Rowan se acerca a hablar con una, esta mujer tiene un apetito insaciable.

Yo me quedo sentado en un banco, enfrente de lo que una vez fue un gran cine, por las dimensiones. Me acerco a la puerta, tiene la entrada abierta al paso, que entiendo serviría para entrar al interior.

Compruebo las puertas, imagino que tendrá una salida por las calles de atrás, cuando ella venga lo miraremos. Si está cerrado, nos servirá como refugio.

La veo llegar. Mientras anda, compruebo que la gente no puedo dejar de mirarla, irradia sensualidad por los cuatro costados y a mí se me cae la baba.

Le cuento mi idea y sonrío besándome levemente. Arrugo un poco la nariz,

pues sus labios aún saben a sangre de la pobre mujer.

Damos la vuelta a la manzana y localizamos otra entrada, fuerzo la puerta lo que provoca que salte la alarma. Rowan, con agilidad, da a unas teclas y de inmediato se apaga.

—¿Cómo sabías la combinación?

—Muchos sitios no la cambian. Recuerda que he vivido y dormido durante mucho tiempo en lugares que no te creerías.

Me doy por contestado. Entramos en el cine, está desierto. Al menos, no hay demasiada suciedad.

Me acomodo en una butaca para descansar. Será la primera noche desde que dejamos de ser reyes que durmamos tranquilos.

La miro y de nuevo me muero por besarla. Se ha quitado las botas y ahora está en ropa interior. «Esta mujer no conoce el decoro», pienso sonriendo.

Se acerca a mí, se sienta encima de mis piernas apoyando su cabeza en mi pecho.

—Si logramos ser otra vez normales, ¿qué pasará?

—¿Qué pasará? ¿A qué te estás refiriendo?

—¿Te irás?

Cierro los ojos aguantando las ganas de reírme, escuchar la ternura que emana de ella al hacerme esa pregunta.

Me es imposible verla como la cruel y sangrienta asesina, ahora solo es Rowan.

—Claro que me iré. ¿Tú te quieres quedar en este cine para siempre?

Se hace la ofendida y me da un puñetazo en el hombro.

—Sabes de sobra que no me refiero a eso, bobo.

¿Bobo? Me ha llamado ¿bobo? Ahora sí que no puedo aguantarme la risa, ella me mira contrariada.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora?, idiota.

Cuanto más me insulta, más me río, y ella pasa de estar contrariada a levantarse enfadada.

—Espera, Rowan. —Intento dejar de reír para que se calme—. Comprende que escuchar «bobo», viniendo de alguien que hasta hace dos meses era una sanguinaria asesina, suene extraño.

Veo que enarca una ceja al mirarme, va a decir algo, pero se da la vuelta, con ese simple movimiento, consigue nublarne la vista, es tan sensual...

Me acerco hasta ella y la abrazo por detrás. Su piel pese a estar muerta, sigue caliente por la sangre ingerida. Beso su cuello, y poco a poco la voy

girando hasta tenerla cara a cara.

—Mucho me temo, que he terminado enamorándome de ti. Donde tú vayas, yo iré.

Me sonrío y me besa con pasión.

—¡Qué tierno! La vampira y el hombre lobo se han enamorado.

Nos separamos a la vez manteniéndonos en guardia, buscando el lugar de dónde ha salido esa voz.

—¿La verdad? Nunca me habría imaginado ver una abominación semejante.

Por fin reconozco la voz. ¡Es la bruja!

—Sal y da la cara. Lo hemos hecho tal y cómo pediste. Los dos nos hemos enamorado y hemos conseguido salvarnos de la muerte.

En ese momento, recuerdo cuando ella casi se quema con el sol, y cuando a mí me atrapan los aldeanos.

—Sí, es cierto. Habéis pasado dos de mis tres pruebas.

—¿Tres? —pregunta Rowan indignada.

—Dijiste que solo teníamos que enamorarnos, dar la vida por el otro, cosa que hemos hecho con creces.

Escucho cómo la arpía se ríe, no consigo localizarla en ninguna parte del cine, incluso, llego a dudar que esté físicamente.

—Fijaos si me ponéis melancólica que os doy un día y una noche para que uno de los dos muera. En caso de no querer sacrificaros ninguno de los dos, haré venir a tu manada y a tu nido de cucarachas, y seréis los dos los que moriréis.

—¡Pero ese no fue el trato que hicimos!

—Déjalo, Rowan. Sea como sea, salimos perdiendo.

—¿Y tú has sido Alfa? Que decepción, te has ablandado el tiempo que has estado con esa sanguijuela.

—Puede ser. Pero jamás la quitaré la vida, en cambio a ti...

Afino más los oídos para saber en qué parte del cine se encuentra. Veo que Rowan cierra los ojos, seguramente, tratando de localizarla.

Mientras me acerco a un lateral de la sala, fijo mis ojos en mi compañera, que avanza hacia las sombras y desaparece. «¿Dónde ha ido?».

Subo las escaleras corriendo para llegar a los anfiteatros, pero me detengo al oír un lamento. El corazón parece que se me para pensando que pueda pasarle algo a ella, sin embargo, respiro al comprobar que ha dado con la bruja.

—Suéltame, sabandija asquerosa.

Parece que al ocultarse en las sombras, pudo localizarla sin ser vista

—Tengo una idea. ¿Qué crees que pasaría si te convierto ahora mismo?

—le propone Rowan entre risas.

—¿No se te ocurrirá? No puedes —se queja la anciana.

Llego hasta las dos y me paro frente a ellas.

—Parece que tu jueguito ha llegado a su fin.

—Soltadme. Dentro de un instante, estaréis rodeados de vuestros enemigos, los puedo traer al igual que he hecho con vosotros.

—Pronuncia una sola palabra que no sea para responder a lo que se te pregunta y te parto el cuello.

Rowan la tiene aprisionada contra ella. Con un brazo inmoviliza los suyos, y con la otra mano le sujeta el cuello. Sus ojos brillan como cuando asesinó a mi prometida.

Doy un paso hacia ellas y miro a la bruja con una sonrisa en los labios, de quien sabe que tiene todas las de ganar.

—Visto que no puedes llamar a nuestros hermanos y hermanas. ¿Qué vas hacer?

No se escucha nada. Todo permanece en el más absoluto de los silencios.

—Nuestro trato está cumplido. Queremos lo que nos prometiste o seré yo quién te mate aquí y ahora.



Mantengo a la vieja bruja contra mi pecho, inmovilizada. Solo tengo que girar la mano que aprisiona su cuello para acabar con ella, pero viendo por dónde va la conversación, se me ocurren otras formas para que nos dé lo que nos debe.

—¿Sabes lo fácil que sería alimentarme de ti, y luego obligarte a que bebieras mi sangre? ¿Sabes que ocurriría después?

Noto que los ojos de la arpía se agrandan y su cuerpo se tensa. Me doy por enterada que sabe de lo que le estoy hablando.

—Exacto, vieja... Te puedo convertir ahora mismo y pasarías a ser otra sanguijuela más. Así nos llamas, ¿no es cierto?

—De acuerdo, vosotros ganáis. Pero necesito ambas manos para realizar el hechizo.

Miro a Matt y él asiente. A mí no me gusta la idea. Tal cual ha aparecido puede desaparecer de nuevo.

Al final de mala gana, la suelto, pero me mantengo preparada para volver a atraparla y cumplir con mi amenaza.

Se recompone su ropa, no esperaba que fuera tan pija. Da un par de pasos hacia delante, Matt se hace a un lado, dejándole sitio.

Veo que él también está preparado por lo que pueda suceder.

Comienza a recitar unas palabras en un idioma arcaico, que yo, con mis casi mil años de no vida, entiendo.

Una ráfaga de aire inunda la sala. Su pelo, largo hasta la cintura, empieza a moverse como en los *animes*, amenazando con ponerse de punta. Si no estuviera presente, diría que es algún truco de salón.

Me separo un poco de ella para que pueda trabajar, de inmediato, compruebo que Matt empieza a retorcerse de dolor hincando las rodillas en el suelo, al mismo tiempo que yo comienzo a sentir lo mismo.

Es un dolor punzante y muy fuerte, como si algo quisiera arrancarnos nuestra esencia. Caigo al suelo llorando de dolor.

Intento mirar a la bruja, que tiene clavados los ojos en mí y veo que sonrío.

«¿Nos estará matando?».

Mis uñas empiezan a recortarse, como mis colmillos vuelven a su forma natural.

«¿Estará de verdad haciéndonos humanos?».

El dolor no cesa, en cambio, a Matt parece habersele pasado, a mí no me abandona. Creo que estoy a punto de desmayarme.

Mis ojos se nublan, mi mente parece querer escapar a un sitio seguro, mientras algo, dentro de mí ser, me dice que no me fie.

En estos ochocientos años de no vida, jamás me ha fallado mi instinto. «¿Por qué iba a ser diferente ahora?».

Me pongo de pie como puedo, y oigo a la arpía forzar más la voz, como si estuviera enfadada, al ver que logro levantarme. Eso me confirma que no está haciendo lo que esperábamos.

Enfadada, traicionada, preocupada por lo que le pueda suceder a Matt, he decidido cumplir mi amenaza.

Con las pocas fuerzas que me quedan, y tras avanzar lo suficiente para atacarla, clavo mis colmillos en su cuello, antes de que desaparezcan por completo.

La bruja suelta un alarido sobrenatural, está muy débil, pues entre la

avanzada edad y las fuerzas para invocar el hechizo, no le dejan defenderse. Esta vez no cierro los ojos. Dejo que la sangre de la bruja entre en mí y escape de ella, como si fuera una máquina de diálisis, solo que la que voy a darle yo, si no es demasiado tarde, la condenará por los restos.

Con la poca fuerza que le queda, intenta separarme, pero lo único que consigue es que me aferre más a ella en un abrazo mortal.

Acabo por vaciar su cuerpo de la sangre que le quedaba, siento que la fuerza poco a poco vuelve a mi cuerpo, mis colmillos vuelven a crecer, al igual que mis uñas. La recuesto en el suelo, le abro la boca y me muerdo mi propia muñeca. Un chorro de sangre cae entre los labios casi inertes de la bruja.

Acerco más la muñeca a sus labios presionándomela sobre ellos. En un acto reflejo, la vieja agarra mi brazo, como si eso hiciera que bebiera más. Cuando soy consciente de que ha bebido suficiente, aparto mi brazo de su boca y dejo que mi sangre actúe en su cuerpo.

Mientras eso sucede, ayudo a Matt a levantarse.

Parece que toda nuestra esperanza se acaba de marchitar al ver reflejados los ojos de mi amante en los míos.

Ya nunca conseguiré tener ese hijo que deseaba. Jamás podré volver a ver el amanecer, ni bañarme en los rayos de sol. Seguimos siendo fugitivos y me pregunto si el hecho de ser humanos, habría cambiado eso.

Capítulo X

Después de confirmar que Matt se encuentra bien y de comprobar que sigue siendo licántropo, voy a ver a mi vieja y nueva cachorra.

Una vez pasado el tormento de la transformación, sigue tendida en el suelo. No tengo miedo de ella, pues mi sangre hace que sea incapaz de atentar hacia mi persona, pero siempre está el riesgo de que lo haga hacia mi amante, por lo que me mantengo prevenida.

—¿Qué me has hecho sanguijuela?

—¿Acaso no es evidente? Ahora me perteneces por toda la eternidad.

—No sabes lo que has hecho. Has perdido la última oportunidad de volver a ser humana.

Pienso en sus palabras y lleva razón, pero el dolor que mi cuerpo experimentaba, me hacía sospechar que no cumplía con su parte del trato.

—¿Sabes qué creo? Que toda esa fábula es mentira. Jamás podría volver ningún vampiro a ser humano.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que dudas de mis poderes?

—No, sabemos que los posees. Nos has hecho viajar en el tiempo dos veces. Eso requiere mucho poder. Pero la propia sangre de mi padre vampírico evitaría que eso pasara, y tú lo sabías. ¿Verdad?

Veo reflejada la sorpresa en su rostro, como cuando una persona se da cuenta de que han descubierto su engaño.

—Eso nunca lo sabrás, pues como te he dicho, has desperdiciado la única oportunidad que tenías, y además, me has dado la vida eterna. Te estoy muy agradecida.

Sonríó levemente, y veo que le molesta.

—Vida sí, eterna... no estoy segura. Ahora eres una sanguijuela, todos los poderes que tenías se han perdido con la sangre que te he quitado. ¿Qué vas hacer ahora con los licántropos?

Veo que Matt, comienza a transformarse en bestia.



Escucho la conversación que tiene Rowan con la vieja bruja, me ha sorprendido el hecho de que la convierta en vampiro, pero ya habrá tiempo para explicaciones o al menos, eso espero.

Una rabia crece dentro de mí como jamás lo había hecho antes, al enterarme de que todo era un truco. Casi no la puedo controlar.

Suelto una carcajada dolorosa al entender el plan de mi vampira. Siendo bruja, era casi intocable. Ahora, como neonata, tengo la posibilidad de matarla, ya que Rowan no puede matar a su hija.

Veo los ojos de terror en mi víctima cuando salto sobre ella y le arranco la yugular de un mordisco.

Ya está. La última criatura de la noche que mataré.

Nos miramos y suspiramos al unísono. Hemos perdido la ocasión de volver a ser lo que queríamos, pero al menos, hemos descubierto que podemos dejar de odiar, de matarnos, de librar una guerra milenaria que no lleva a nada.

Sé que nos seguirán buscando, que querrán darnos caza. La vampira y el licántropo. Parece una saga de películas que empezaron allá por el 2003, pero nada más lejos de la verdad.

Pienso que estamos destinados a poner fin a esta barbarie, a dejar que nuestros hermanos y hermanas se maten mutuamente. Pero nada será fácil.

Salimos del cine y avanzamos calle arriba, tras un rato caminando al amparo de la noche, llegamos hasta una glorieta donde hay dos torres inclinadas sin llegar a tocarse, pero mirándose por la eternidad. «¿Seremos así nosotros?». ¿Acabará el amor que ha nacido entre los dos, como algo imposible?

No puedo pasar al olvido, después de haber odiado y amado. Me niego a que nadie me separe de mi vampira. No sé dónde iremos ni que haremos. Pero jamás me separaré de ella.



Avanzo junto a mi amante por las calles de esta ciudad cosmopolita. Veo que se fija en unas torres que me recuerdan a un libro que leí hace mucho tiempo, en ese libro la estructura era conocida como *El Oráculo del Sur*.

Espero que, en mi caso, en nuestro caso, sea más llevadero.

Me pregunto qué habría pasado si hubiera conseguido ser humana. Tras este tiempo en el que lo he intentado, nunca he pensado en qué haría mi cuerpo. Quizás envejecería al instante, pues he vivido mucho más de lo que debiera cualquier ser humano. Y no, no estoy preparada para morir, ahora menos que nunca.

He encontrado el amor en la persona que jamás hubiera pensado

encontrarlo. Quise hablar con él, pactar una tregua, pedirle ayuda, pero nunca imaginé que llegase a enamorarme de él.

Ahora daría mí no vida porque él siguiera vivo.

Seguimos siendo proscritos en ambos bandos, viviremos escondidos.

Por suerte, en mi tiempo de clandestinidad, oculté varios alias que mi familia no conoce. Bajo ellos escondo una pequeña fortuna que nos permitirá sobrevivir, pues vivir será imposible.

Lo primero que quiero hacer es ir a Francia, ya he estado muchas veces, pero jamás enamorada.

La llaman la Ciudad del Amor, y si eso es así, es el primer lugar al que debemos ir.

Ha sido bonito mientras duró la ilusión, pero ahora la vida, me da otra oportunidad, no seré madre nunca, sin embargo, seré compañera, seré esposa de nuevo, y eso hace mitigar el dolor de la pérdida de lo que nunca tuve.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias a mis padres y hermanos por haber estado siempre apoyándome al 200%.

A Dubli y Sònia por sus ánimos y su amistad.

A los miembros de El Círculo de Fantasía por su ayuda constante

A Iris Montes Meseguer por ayudarme a tejer la historia.

Sobre el Autor

Javier Piña Cruz nació en Madrid, pero vive en Driebes (Guadalajara)

La pasión por escribir le nace de jugar a juegos de rol por internet.

En 2017 se aventuró en el mundo de la auto publicación, desde entonces no ha parado de escribir y lentamente publicar.

Es miembro de una agrupación llamada Círculo de Fantasía.

Otros libros del Autor

El Rey Oscuro (2017)

El Crómlech de la Loba Blanca (2017)

La Venganza (2017)

Trilogía *Colmillos y Garras* (Unión de los tres primeros) (2018)

Traducción en inglés de *Colmillos y Garras* (2018)

El Vuelo del Dragón (2018)

Colaboraciones

Primera Antología de la Agrupación “Círculo de Fantasía” con el relato *Un Mal Sueño*.

Table of Contents

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capitulo VII](#)

[Capitulo VIII](#)

[Capitulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el Autor](#)

[Otros libros del Autor](#)

[Colaboraciones](#)